

ALFRED HITCHCOCK Y

LOS TRES INVESTIGADORES



NUEVA ETAPA



MISTERIO DE LAS RUEDAS LIGERAS

Lectulandia

Júpiter está en un buen aprieto. Su primo Ty ha sido detenido, acusado de robar coches, y Jupe tiene que conseguir su libertad. Suerte que cuenta, como siempre, con la colaboración de Pete y Bob. Pero la pista del coche robado conduce a un conjunto musical salsero cuyas actividades son sospechosas. Los Tres Investigadores se encuentran de pronto en medio de un frenético baile en el que un sólo paso en falso conduce a una muerte segura.

Lectulandia

William Arden

Misterio de las ruedas ligeras

ePub r1.0

Titivillus 19.10.2017

Título original: *Hot wheels*
William Arden, 1989
Traducción: Rosa Moreno Moger
Ilustraciones: R. Escolano
Diseño de cubierta: J. M. MIRALLES

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO 1

Problemas con el coche

A primeras horas de aquel lunes, que coincidía además con el comienzo de la primavera, Pete Crenshaw miraba irritado el motor del viejo Corvair que no quería arrancar.

—¡Estúpido coche! —gruñó.

El taller donde reparaba los coches usados estaba ubicado en el Patio Salvaje, la chatarrería que los tíos de su amigo Júpiter Jones, Titus y Matilda, poseían en una pequeña ciudad de la costa californiana, llamada Rocky Beach, próxima a Hollywood, muy cerca de la caravana que usaban como cuartel general o puesto de mando secreto «Los Tres Investigadores», la agencia de detectives que había fundado Júpiter tiempo atrás juntamente con Pete y Bob.

Júpiter, que en aquel momento se dirigía desde la oficina de la chatarrería a la caravana, se detuvo para contemplar aquella reliquia. Pete, al ver a su amigo, le soltó a guisa de «buenos días»:

—¿Podrías decirme por qué no se pone en marcha este desgraciado?

—Cuando lo hayas arreglado me lo vendes, ¿vale? —le repuso Júpiter mirando el Corvair con ojos ávidos.

Pete se limpió la nariz tiznada de grasa con la manga de su camiseta, en la cual estaba rotulado SURF en grandes caracteres.

—Pero chico, este Corvair es un coche de coleccionista. No sé si sabrás que el Corvair fue el primer automóvil americano con el motor en la parte trasera. Si consigo arreglarlo, piensa que tendrá montones de pretendientes con mucha pasta. ¿Cuánto dinero tienes ahora?

—Sólo quinientos dólares —confesó Júpiter—. ¡Pero me hace falta un cuatro ruedas! ¡Comprende que un detective necesita un coche como el pan que come!

—Dame tiempo —le respondió Pete—, ya sabes que necesito todo el dinero del mundo para salir con Kelly. Aunque bien mirado, entre las ruedas de Bob y las mías reunimos bastantes para «Los Tres», ¿no crees?

—No es lo mismo —suspiró Juve—. Tendré que ahogar mis penas comiendo y me engordaré más. ¿Y sabes que te ocurrirá entonces a ti? ¡Que lo vas a lamentar mucho!

Pete sonrió.

—¡Eh! Esta vestimenta que llevas debería hacerte sentir mejor, ¿no?

Júpiter llevaba un conjunto muy holgado, con camisa y pantalones militares de la Legión Extranjera, que ocultaban los kilos que no había logrado reducir con la dieta de pomelo y queso fresco a que se había sometido.

—En el colegio estas prendas son ahora el último grito de la moda para hombres. Y no me negarás que ese color aceitinado le sienta muy bien a mi pelo oscuro.

Es posible que, a Júpiter, aquel conjunto nuevo le sentara muy bien, pero lo cierto era que tanto Pete como la mayoría de chicos de diecisiete años de la escuela todavía usaban los viejos tejanos y camisetas de algodón. Tanto es así, que Kelly Madigan, animadora deportiva y novia de Pete, estaba empeñada en que éste luciera camisas de cuello alto y chaquetas abrochadas, como las que usaba Bob, el tercer investigador; pero aquello era quizá lo único que la chica no había conseguido que hiciera Pete.

—Escucha, Jupe —le propuso Pete—, una vez haya conseguido hacer andar este Corvair, te prometo que por quinientos dólares te encontraré un buen coche, ya lo verás.

—Eso mismo me dijiste hace un montón de semanas —respondió sarcástico Júpiter—. ¡Si lo único que sabes hacer es estar con Kelly todo el tiempo!

—¡No es verdad! —le interrumpió Pete—. Además, la otra noche tú tampoco tuviste ningún problema de tiempo cuando Kelly te consiguió aquella cita.

—En realidad fue una lamentable pérdida de tiempo. La chica no era mi tipo —se quejó Júpiter.

—¡Pero, Jupe! ¡Si te pasaste toda la noche explicándole a la pobre la teoría de la relatividad! ¿Qué esperabas?

Antes de que Júpiter pudiera replicarle, sonó un bocinazo que los sobresaltó. Procedía de un coche aparcado frente a la chatarrería. Eran casi las nueve y el Patio Salvaje todavía estaba cerrado, pero, por la insistencia de los bocinazos, diríase que se trataba de alguien que estaba impaciente por entrar. Del interior del coche llegaban los sonos de una música *rock*.

—Creo que ya podemos abrir —dijo Júpiter al mismo tiempo que presionaba el botón de una cajita que llevaba sujeta al cinturón. Consistía en un mando que abría la puerta a distancia, y que Júpiter, un cerebro de la electrónica, había construido después de probar diversas cerraduras eléctricas. Sus tíos tenían un dispositivo igual cada uno. El control principal estaba en la oficina.

Las puertas del almacén se abrieron de par en par. Júpiter y Pete admiraron un Mercedes 450 SL descapotable de color rojo, que entró y se detuvo pausadamente frente al mostrador de la oficina. Un joven de cabello negro, con aspecto nervioso, saltó por encima la portezuela sin ni siquiera molestarse en abrirla.

Llevaba unos tejanos astrosos, unas botas de vaquero muy usadas, un sombrero deforme y una descolorida chaqueta de béisbol. De su hombro colgaba una bolsa de viaje adornada profusamente con botones y etiquetas; abrió un departamento y, de su interior, sacó un paquetito envuelto en papel de regalo y un sobre blanco. Agitando el paquetito con ademán displicente hacia donde estaban Júpiter y Pete, entró silbando en la oficina.

Pete apenas podía apartar los ojos del precioso dos plazas.

—Menudo trasto, ¿eh, Júpiter?

—Una máquina magnífica —asintió Júpiter con la mirada fija en el sucio saco de dormir echado de cualquier manera detrás del asiento del elegante vehículo—. Pero me interesa mucho más el conductor.

—No lo había visto nunca, Jupe, ¿y tú?

—No, pero puedo afirmar que procede del Este, a pesar de su vestimenta occidental, y que ha atravesado el país haciendo autostop. Observarás además que no tiene dinero ni trabajo. ¡Y es pariente mío!

—De acuerdo, Sherlock Holmes, pero ¿cómo lo sabes? —inquirió Pete.

Júpiter sonrió.

—Primero: su chaqueta de béisbol es de los Mets de Nueva York, no está bronceado y la bolsa es de los almacenes Bloomingdale. Todo esto indica que procede del Este, probablemente de Nueva York.

—¡Claro! —exclamó Pete—. Es evidente.

—Lleva unas botas muy usadas, todos los adhesivos y etiquetas son de los lugares que hay a lo largo de la autopista 1-80, y el Mercedes tiene matrícula de California. Esto me dice que ha llegado a California sin coche y, dado que nadie que esté en sus cabales viene andando desde el otro océano, significa que ha llegado en autostop.

—Claro —repitió Pete con un movimiento afirmativo de cabeza—. Es fácil deducirlo.

Júpiter miró a lo alto y suspiró.

—Lleva las ropas sucias y estropeadas, y hace semanas que no han sido lavadas. Duerme en el saco de dormir y no en una habitación de hotel, y ha llegado a las nueve de la mañana, la hora en que la mayoría de la gente ocupada empieza a trabajar. Esto me dice que no tiene dinero ni trabajo.

Pete frunció el entrecejo.

—¿Y qué es eso de que es pariente tuyo?

—Ha traído un paquete y una carta desde tan lejos, que... ¿Qué otra cosa podría ser más que un regalo y una carta de presentación a un familiar?

—¡Eso es mucho suponer, Jupe! —protestó Peter—. Y te equivocas de medio a medio en lo del dinero. Un tipo con un coche como éste ha de ser rico, no importa la ropa que lleve o donde duerma.

—Ignoro de donde ha sacado el coche —respondió Júpiter—, pero seguro que se trata de un vagabundo o algo así.

—¡Estás loco!

Seguían discutiendo al lado del Corvair, cuando Pete propinó un codazo a Júpiter. El forastero y tía Matilda salían de la oficina y avanzaban por el patio. El hombre caminaba con aire lento y confiado, como si por nada del mundo valiera la pena apresurarse. Tía Matilda, una mujer alta y robusta, parecía un tanto impaciente ante la displicencia del forastero.

Visto más de cerca, el visitante era mayor de lo que parecía. Probablemente andaba cerca de los treinta. Su sonrisa de suficiencia parecía fingida y tenía la nariz

torcida como si en alguna ocasión alguien se la hubiera roto. Sus ojos negros eran agudos y brillantes, y el pelo largo y la afilada nariz le daban aspecto de halcón.

La tía Matilda tenía la carta en la mano.

—Júpiter —presentó en tono dubitativo—, Peter. Este es mi primo Ty Cassey de Nueva York.

A Pete le llegó el turno de soltar un suspiro. Nuevamente Júpiter había acertado.

—De Babilonia, en Long Island —explicó perezosamente Ty Cassey—. Está a una hora de la capital, en Great South Bay. Mi madre es prima de Matilda. Cuando le dije que venía a California a ver el país y tomar un poco de sol, me dijo que me acercara a Rocky Beach para verla. Y me dio una carta para ella.

Al hablar, Ty echaba miradas inquisidoras por el almacén. Sus ojos brillaban mientras miraba los montones de objetos y material de derribo. Viejas estufas y neveras alternaban con muebles y estatuas de jardín, cabezales de cama de latón y mesas de TV vacías. También había máquinas de juegos, luces de neón y una gramola antigua.

Ni siquiera tío Titus había sido nunca capaz de recordar todo lo que tenía, hasta que Júpiter lo había archivado en el ordenador un año antes. Había supuesto un trabajo ingente, pero esto le había ahorrado a Júpiter de andar haciendo cosas por el patio que no le gustaban.

—No nos hemos visto con tu madre desde niñas —explicaba tía Matilda—. Sabía que Amy se había casado, pero ni tan siquiera me acordaba que de eso hace ya treinta años. Nunca supe que había tenido hijos.

—Cuatro —dijo Ty—. Todos somos mayores. Mis tres hermanos están en Babilonia. Y yo pensé que ya era hora de ver un poco de mundo. —Sus ojos seguían brillando mientras contemplaba aquella cantidad de tesoros de segunda mano—. Tenéis un bonito montón de cosas aquí. —Y de repente, advirtió el Corvair que tenía delante—. ¿Dónde habéis conseguido esta belleza? Es un clásico.

Casi de inmediato, metió la cabeza dentro del motor; Pete no tardó en meter la suya también. Se enfrascaron en una conversación técnica automovilística, como si se hubieran conocido de toda la vida.

Pete se irguió y se pasó la mano por el pelo castaño rojizo.

—Lo he comprobado todo, le he colocado todas las piezas que faltaban, pero no consigo ponerlo en marcha de ninguna manera.

Ty se echó a reír.

—Ni nunca podrás, Pete. Mira lo que has hecho. Has puesto un alternador en el sistema eléctrico.

—Pues, claro —afirmó Peter—. Sin alternador no tendrás electricidad para que el motor arranque ni para cargar la batería.

Júpiter y tía Matilda miraban a ambos sin comprender nada.

—Pero este coche no lleva alternador —explicó Ty—. El Corvair es un coche antiguo. ¡Usa dinamo! ¿Acaso no había un cilindro largo, redondo y negro al que has

sustituido por el alternador?

Pete revolvió en su banco de trabajo.

—¿Esto?

Ty cogió el cilindro y se inclinó sobre el motor con las herramientas de Pete. Diestramente hizo unas conexiones y apretó unos cuantos tornillos.

—Ya está —dijo—. Prueba ahora.

Pete se subió al Corvair y accionó el contacto. El coche tosió y ¡el motor se puso en marcha! Tembló, resopló y jadeó, pero continuó funcionando.

—¡Uau! —sonrió Pete—. ¿Cómo es que sabes tanto de coches?

Ty sonrió.

—Toda mi vida he trabajado en ellos. Eso es lo que me propongo hacer aquí. Buscaré un trabajo de media jornada en algún garaje y, durante el resto, haré surf y tomaré el sol. He visto que aquí hay más coches que en cualquier otra parte, ¿no es verdad? Sólo necesito un poco de tiempo.

Miró a tía Matilda.

—Pensaba si sería posible quedarme aquí hasta que tenga las cosas arregladas. Puedo dormir en cualquier rincón y no me importa comer lo que sea. Uno de estos viejos remolques me servirá perfectamente. Puedo colocar mi saco de dormir en cualquier parte. No quiero ser una molestia para nadie.

—No —dictaminó tía Matilda—. Quiero decir que, naturalmente, vendrás a casa, ahí enfrente.

—Muchísimas gracias —dijo Ty.

—¡Magnífico! —exclamó Pete—. Me enseñarás un montón. ¿Sabes mucho de coches, Ty?

—Seguro que sabe —dijo de repente una voz detrás de ellos.

Se dieron la vuelta y vieron a dos hombres de semblante hostil, trajeados y con corbata.

—Especialmente —continuó el más alto—, cuando los coches no le pertenecen. ¡Quedas detenido!

CAPÍTULO 2

Un verdadero desastre

Júpiter y Pete no conocían al hombre alto de rasgos enérgicos que miraba irritado a Ty, pero en cambio sabían perfectamente quien era el otro, más bajo y de pelo negro. Se trataba del detective Roger Cole, de la policía de Rocky Beach.

—¿Qué pasa, detective Cole? —preguntó Júpiter.

—Éste es Ty Cassey, el primo de Júpiter —explicó Pete—. Viene de Nueva York.

—Tu primo tiene un problema, Júpiter —dijo el detective Cole. Era un hombre bajito con amistosos ojos azules y una sonrisa que inspiraba confianza, pero en aquel momento estaba muy serio y señaló con la cabeza al hombre alto—: Éste es el detective sargento Maxim, de la brigada antirrobo de coches, chicos.

El sargento Maxim miró al detective Cole y a continuación a Pete y Júpiter.

—¿Conoce a esos chicos, Cole?

—Sí, sargento, y el jefe también.

—¿Y quiénes son? —estalló el sargento.

—Son una especie de detectives aficionados —explicó Cole—. Durante estos últimos años, nos han ayudado en multitud de casos.

Júpiter alargó al asombrado sargento una de las nuevas tarjetas que había diseñado.



—La mayoría de las veces encontramos cosas que pierde la gente, otras desciframos sucesos extraños y resolvemos problemas como éste, sargento; pero en ocasiones hemos ayudado al comisario Reynolds en casos más graves —explicó Júpiter.

No le dijo al sargento que Los Tres Investigadores habían empezado a trabajar incluso antes de iniciar la escuela secundaria, ni que la policía se había encallado numerosas veces en un callejón sin salida, hasta que Júpiter, Pete y Bob habían hallado la solución.

El sargento Maxim contempló la tarjeta.

—¿Queréis decir con esto que el comisario permite que unos adolescentes se

mezclen en casos policiales?

—Más bien lo que ocurre es que nos traen casos de cuya existencia no teníamos ni idea —aclaró Cole.

—Muy bien, pero será mejor que se mantengan apartados de mis casos —gruñó el sargento Maxim—. Y empiezo con éste. Léale a este tipo sus derechos, Cole.

El detective Cole le explicó a Ty su derecho a guardar silencio y a tener un abogado, y le previno que cualquier cosa que dijera podría ser usado en su contra ante un tribunal.

—Muy bien. ¿Quieres explicarnos qué haces conduciendo un coche robado? —interrogó Maxim. Jupe intervino rápidamente.

—Quizá será mejor que esperes a hablar con un abogado, Ty.

Tía Matilda, que había guardado un silencio absoluto desde la aparición de los dos detectives, palideció.

—¿Un abogado? —exclamó; luego miró a Jupe y a Pete—. ¿No pensaréis...?

—No necesito ningún abogado —intervino Ty mientras se echaba a reír—. Se trata de un error. Apuesto a que el hermano del tipo denunció el robo del vehículo sólo porque he tardado un poco más de la cuenta en llevárselo. Probablemente piensa que me estoy divirtiendo en alguna parte.

—¿Un tipo? —preguntó el detective Cole.

—¿Quieres hacer el favor de empezar por el principio, muchacho? —dijo el sargento Maxim.

—¿Por qué no? —respondió Ty—. No tengo nada que ocultar. Anteayer estaba caminando por Oxnard y me paré en un bar para tomar una cerveza y escuchar un poco de música. Tocaban un *rock* tan bueno que me quedé y me puse a hablar con el tipo ese... Tiburón, o algo así. Nunca me fijo mucho en los nombres. Nos hicimos amigos. Le dije que venía a Rocky Beach a ver a mi prima. Cuando estaban a punto de cerrar, me preguntó si le quería hacer un favor y, de paso, obtener algo de dinero.

Ty sonrió.

—Me gustó la idea, de manera que escuché. Al parecer, tenía el Mercedes de su hermano y le había prometido devolvérselo al día siguiente. Según él, se había encontrado a una chica que iba a Santa Bárbara que tenía su propio coche. Luego me pide que traiga el Mercedes a su hermano, aquí a Rocky Beach, que él paga la gasolina y que me da cien dólares por todo. ¿Quién le dice que no a eso, eh?

El sargento Maxim le interrumpió:

—¿Dices que nunca le habías visto antes?

—Yo nunca había estado en Oxnard, sargento —asintió Ty—. Ni tan siquiera había oído hablar del lugar.

—Eso fue hace dos días —intervino el detective Cole—. ¿Cómo es que todavía tienes el coche?

Ty sonrió nuevamente.

—Aquella noche era tarde y ayer hacía un día tan endiabladamente estupendo,

que me di un baño y contemplé el paisaje. Yo digo, ¿para qué sirve, si no, un día bonito?

—O sea que te has dado una vuelta por ahí, ¿eh? —comentó el sargento Maxim—. Has hecho turismo, vaya.

—¿Y hoy? —preguntó el detective Cole.

—Ayer noche dormí en el coche y esta mañana he venido a ver a mi prima —respondió Ty—. A continuación, me proponía devolver el coche al hermano de Tiburón.

Y sonrió de nuevo. Un pesado silencio cayó como un plomo sobre el Patio Salvaje. Pete y Júpiter se miraron mutuamente. Tía Matilda no parecía de humor para mirar a nadie. Pero el sargento Maxim miró a Ty.

—Esto es una bola como una casa —comentó al final—. Si piensas que vamos a creer...

—Escuche —intervino rápidamente el detective Cole—, ¿por qué no vamos a hablar con ese hermano, sargento?

—De acuerdo —dijo, sombrío, Maxim—. Vamos.

—Si el coche es robado, sargento —se interpuso Júpiter—, y Ty dice la verdad, el hermano de Tiburón no admitirá nada delante de la policía.

—Pero no pensamos dejarle ir solo —declaró el sargento Maxim.

—Ve tú primero, Cassey —decidió el detective Cole—. Haz exactamente lo que harías si no supieras que nosotros te vigilamos. Júpiter y Pete pueden ir contigo. Di que son amigos que te van a traer de vuelta. Estaremos prevenidos.

Ty asintió y saltó al interior del pequeño descapotable 450 SL de color rojo. Pete y Júpiter se dirigieron al Fiero negro que el primero había reconstruido casi a partir de sus pedazos. Aunque Pete no había tenido bastante dinero para repararle las abolladuras ni pintarlo, el motor estaba en buen estado.

Ya fuera del Patio Salvaje siguieron a Ty. La policía iba detrás, en un Dodge Aries sin identificación.

Se dirigieron a la parte Este de la ciudad, cerca del puerto. La dirección que Tiburón le había dado a Ty resultó ser una especie de tienda de alimentación regentada por hispanos, en un pequeño barrio de Rocky Beach poblado por una serie de pequeñas casas pintadas de colores brillantes, bares con jardín y algunos moteles destartados.

Un letrero medio borrado en la puerta de la tienda decía que el propietario era un tal José Torres. Ty detuvo el Mercedes delante de la tienda. Pete se paró detrás, mientras los dos detectives se mantenían alejados, fuera de la vista. Una pequeña muchedumbre ya había llegado y se arremolinaba alrededor del resplandeciente vehículo cuando Ty se dispuso a salir.

—Yo me quedo a vigilar los coches —dijo Pete.

Júpiter siguió a Ty al interior de la tienda.

Dentro, unos cuantos clientes examinaban las frutas exóticas y las verduras:

mangos, papayas, frijoles, tomates e hileras colgantes de pimientos verdes, rojos y amarillos. Un hombre de tez oscura, delgado, que estaba detrás del mostrador, los miró fríamente: no eran como los clientes habituales. Ty le dedicó su mejor sonrisa y un gesto amistoso.

—¿El señor Torres? Buscamos al hermano de Tiburón.

—¿Ah, sí? —se limitó a contestar el otro. Mediría un metro y medio de estatura, era esquelético y una voluminosa manzana de Adán le sobresalía de un cuello rugoso como el de un pollo asado. Sus ojos oscuros eran casi tan negros como su pelo. Miró primero a Júpiter y luego a Ty.

—Tiburón me pagó para que trajera el Mercedes a su hermano desde Oxnard —continuó Ty—. Me dio esta dirección.

Torres se encogió de hombros. Dio media vuelta y gritó hacia una habitación interior:

—¿Quién conoce a un tal Tiburón? ¿O a su hermano?

Dos jóvenes hispanos de aspecto duro y hostil surgieron de la habitación. Habló sólo uno de ellos:

—Ninguno, Joe.

Joe Torres volvió su atención a Ty.

—No, amigos. No conocemos a nadie con este nombre.

Ty había cesado de sonreír.

—¡Lo tienen que conocer! Tiburón me dio esta dirección. ¡Tengo ahí fuera el coche de su hermano!

Torres movió la cabeza y se echó a reír.

—Estás loco, gringo. ¿Quién tiene un coche así en este barrio, eh? No andas bien de la mollera, amigo.

De repente, Ty se abalanzó al otro lado del mostrador y asió a Torres por la camisa.

—¡Miente! ¿Me oye? ¡Tiburón me dijo que viniera aquí!

—¡Eh! —exclamó Torres, intentando librarse de Ty con un empujón, pero el otro era más fuerte de lo que parecía—. ¡Nacho! ¡Carlos!

Antes que los dos aludidos llegaran a moverse, el sargento Maxim y el detective Cole habían irrumpido en la tienda y agarrado a Ty. Júpiter supuso que habían estado escuchando la conversación con un detector de sonido hipersensible, como el que él mismo había comprado para el equipo de Los Tres Investigadores.

Torres pegó un brinco hacia atrás y fijó sus ojos airados en Ty.

—¡Realmente estás loco, gringo!

—Loco —repitió el sargento Maxim—. ¡Y ladrón! Póngale las esposas, Cole. Nos lo llevamos detenido.

Ty se quedó inmóvil, estupefacto, mientras Cole le ponía las esposas. Miró a Júpiter, moviendo la cabeza como indicando que él no había robado el Mercedes, mientras los detectives lo sacaban afuera.

Lo introdujeron en la parte trasera del coche policial, separada de la delantera por una reja metálica. Las puertas no tenían manecillas interiores. Ty quedó encerrado como si estuviera metido en una jaula de monos.

El sargento Maxim arrancó con Ty dentro mientras Cole les seguía a bordo del Mercedes. De pie, en la acera, detrás de Júpiter, Joe Torres gritó:

—¡Gringo, estúpido y loco!

Los dos individuos más jóvenes —Nacho y Carlos—, se quedaron en el umbral de la tienda mirando a Júpiter. Pete le llamó desde el Fiero.

—Vámonos de aquí, Júpiter.

Pero Júpiter se enfrentó a Joe Torres.

—¿Sabe, señor Torres? Me pregunto por qué Ty tenía su dirección. Alguien se la debió dar, ¿no cree?

Torres le miró iracundo.

—Fuera de aquí, chico. ¡Vete!

—Quiero decir —insistió Júpiter—, que mi amigo es nuevo en esta zona. Acaba de llegar del Este, por tanto...

El rostro de Torres enrojeció de rabia.

—Eres un bocazas, ¿oyes? ¡Nacho! ¡Carlos! ¡Vamos a darle una lección a este pequeñajo de boca grande!

Los tres hombres avanzaron amenazadoramente hacia Júpiter.

CAPÍTULO 3

Bob y Lisa... y Karen... y...

—¡Listillo! ¡Bocazas...! —empezó a increparle Joe Torres mientras le empujaba por la acera, haciéndole retroceder.

—Me parece... —intentó protestar Júpiter. Torres le empujó nuevamente.

—A ti, nada te parece, muchacho. Te vas a meter en un buen lío con esta maldita bocaza que tienes.

Detrás del propietario de la tienda, Nacho y Carlos sonrieron desagradablemente. Pero, en el momento en que Torres lanzaba la mano para empujar de nuevo a Júpiter, éste, con un rápido movimiento, separó los pies, colocó la pierna derecha hacia atrás en la posición miqi shizentai del judo y agarró a Torres por la camisa, haciéndole perder el equilibrio. Giró bruscamente y, con un movimiento hacia la derecha, lanzó al propietario de la bodega por los aires tirándole sobre la acera como un saco de patatas, en la más pura caída tai otoshi.

Torres soltó un gemido al golpear contra el cemento y quedó tendido de costado, medio desvanecido. Nacho y Carlos habían quedado paralizados.

Sin esperar a que se recuperaran del asombro, Júpiter echó a correr hacia el Fiero. Pete ya tenía el coche en marcha y la puerta abierta. Júpiter saltó al interior de un brinco y salieron a toda velocidad.

—¡Menuda torta! —comentó Pete mientras conducía el coche fuera del barrio.

—Un tai otoshi —explicó Júpiter riendo—. Lo practicamos la semana pasada en la clase de judo.

—El judo es bueno, pero el kárate es mucho mejor.

—Cuando baje de peso con la nueva dieta, también aprenderé kárate.

Pete no respondió. Las dietas de Júpiter constituían tema de chistes continuos. Comenzaba una y, casi sin dar tiempo a Bob y Pete a que se enteraran, ya la había abandonado. Pero como Júpiter no toleraba bromas con su peso o con sus dietas, sus compañeros habían aprendido a guardar los comentarios para sí.

—¿Crees que ese Torres miente, Jupe? —prefirió preguntar Pete.

—Estoy seguro, lo cual significa que, probablemente, Ty está diciendo la verdad. Hemos de sacar a Ty de la cárcel para que nos ayude a demostrar su inocencia.

—Será mejor que también llamemos a Bob —propuso Pete.

Cuando llegaron al Patio Salvaje, corrieron hacia la caravana para llamar a su compañero por teléfono.

Antaño, el viejo remolque había estado oculto bajo montañas de chatarra y objetos de segunda mano; pero, desde que Júpiter había computerizado el contenido del almacén, los chicos lo habían despejado de todo cuanto lo cubría y lo habían

sacado a la luz. Como protección habían instalado una cerradura electrónica, una alarma contra robos, una unidad de control contra averías electrónicas, dos ordenadores y un aparato de aire acondicionado.

La madre de Bob les dijo que éste estaba en la empresa de caza talentos conocida como Rock Plus, donde trabajaba. Pero lo único que consiguieron por teléfono fue la respuesta del contestador automático de la empresa, en el cual, después de unos segundos de música *rock* a todo volumen, pudieron escuchar la voz de Bob que, esforzándose en ser oída en medio del estruendo, recomendaba dejar su mensaje.

—Probablemente busca un batería —comentó Pete—. Dice que a todos los que tocan la batería les falta un tornillo.

—Volveremos a llamar más tarde —decidió Júpiter—. Ahora, vamos a ver a tía Matilda para hablar de Ty.

Avanzaron por el patio hacia la oficina. Así que entraron, tía Matilda les miró con expresión angustiada.

—¿Dónde está Ty? —preguntó.

—Se lo llevaron detenido, tía —respondió Júpiter.

Él y Pete describieron todo cuanto había ocurrido en la tienda de alimentación, con excepción de la triunfal demostración de judo a cargo de Júpiter.

—¡Entonces, ha robado el coche! —exclamó ella irritada.

—Nosotros no lo creemos —replicó Júpiter—. Estamos convencidos de que Torres miente. Hemos de sacar a Ty de la cárcel para que pueda ayudarnos a probarlo. Es el único que puede identificar a Tiburón. Tendremos que llamar a su abogado, tía.

Ella movió la cabeza.

—Todavía no, Júpiter. En realidad, ¿qué sabemos de Ty? Ni siquiera sé si es realmente mi primo. Antes de hacer nada, voy a llamar a mi prima Amy y comprobar su historia.

—Pero rápido, tía, de lo contrario perderemos la pista —urgió Júpiter—. Estaremos en el taller.

Y se fueron por el patio hacia el taller que Júpiter había tenido siempre en un rincón, cerca de la caravana. En la actualidad, tenía techo y paredes, y se había convertido en un verdadero centro electrónico. Júpiter había instalado una derivación telefónica hasta el remolque, una antena parabólica en el techo, y abarrotado el interior de todo cuanto equipo detectivesco había construido y comprado.

—Vamos a llamar otra vez a Bob —dijo cuando llegaron al taller.

—No —interrumpió Pete—. ¡Mira eso! —Un antiguo Volkswagen rojo entraba en el patio con un par de piernas femeninas asomando por una de las ventanillas.

El escarabajo venía seguido por un reluciente y nuevo VW Rabbit descapotable, con otras dos muchachas. Una de ellas iba sentada en el asiento posterior, detrás del conductor, agitando una toalla de baño. Las dos chicas saltaron del coche y corrieron hacia el escarabajo, en cuanto éste se detuvo. Bob Andrews surgió de la puerta del conductor, agitando los brazos en dirección a sus amigos. Tres chicas más, con

pantalones cortos y la pieza superior de un bikini, saltaron por la otra puerta del antiguo VW.

—Vamos a celebrar una fiesta en la playa, chicos —anunció Bob, con todas las chicas pisándole los talones—. ¡Poneos el traje de baño y vámonos!

—¿Una fiesta en la playa, ahora? —preguntó Júpiter mirando a las cinco chicas arremolinadas detrás de Bob.

—Tienes un amigo muy guapo, Bob —dijo la más bajita de todas mientras se acercaba a Júpiter.



Medía poco más de metro y medio, y era delgadita y vivaracha. Tenía el pelo rubio y corto, y sus grandes ojos azules sonreían a Júpiter. A éste, que no medía gran cosa más, le gustaban las chicas menudas, pero nunca dejaba de enrojecer como un pimiento cuando alguna le sonreía.

—Yo... yo...

—Hoy tengo clase de kárate, Bob —interrumpió Pete—. Además, sabes que a Kelly no le gustan las fiestas en la playa con demasiada gente.

—Es primavera, Pete. Olvida el kárate. Vamos a la misma clase, ¿recuerdas? —dijo Bob riendo—. Atrévete a decirle a Kelly que, por una vez, vas a hacer algo que tú quieres hacer. Cuando se reúna con nosotros, le gustará.

—Nos divertiremos muchísimo juntos —insistió la chica bajita que continuaba sonriendo a Júpiter.

Júpiter se tornó de rojo a blanco.

—Yo... nosotros... quiero decir... —y engulló saliva penosamente—. ¡Bob, tenemos un nuevo caso! La policía cree que el primo de tía Matilda es un ladrón de coches. Lo han detenido y encarcelado. Hemos de descubrir quienes son los verdaderos ladrones para redimirlo.

—¿Un caso? —preguntó Bob con los ojos brillantes—. ¿Ladrones de coches?

—El abogado de tía Matilda sacará a Ty de la cárcel —continuó Júpiter—. Eso nos permitirá investigar mejor toda su historia.

—¿Historia? —repitió Bob—. ¿Qué historia?

—A menos que Ty no sea un falso primo —intervino Pete—. Es posible que ni siquiera sea primo tuyo, Jupe.

—¿Es que nadie me va a decir de qué estáis hablando? —exclamó Bob—. ¿Primos? ¿Historias?

—Vaya... —dijo Pete en tono falsamente inocente—... ¿y qué pasa con tu fiesta de la playa?

Una chica alta, pelirroja, que había venido en el coche sentada al lado de Bob, comentó:

—Bob, ¿vamos?

—Los chicos tienen un caso, Lisa —dijo Bob.

—¿Vamos a celebrar una fiesta en la playa, sí o no? —interrumpió otra.

La bajita se dirigió a Júpiter:

—¿No quieres venir con nosotras?

—Nosotros... nosotros... hemos de ayudar a mi primo —logró balbucear Júpiter—. Quizá más tarde...

—Júpiter tiene razón, chicas —añadió Bob—. La fiesta la podemos organizar mañana, ¿no os parece? Ahora he de ayudar a mis amigos. Formamos un buen equipo.

—Vinimos en tu coche, Bob —se quejó Lisa—. ¿Cómo vamos ahora a volver a la cafetería?

—Cabéis todas en el coche de Karen —replicó Bob—. Nos veremos más tarde, ¿de acuerdo, Lisa?

Las chicas parecían enfadadas. Bob las acompañó al Rabbit descapotable y agitó la mano en señal de despedida mientras se alejaban. Cuatro de ellas correspondieron

con sendos ademanes. Sólo Lisa, la pelirroja alta, estaba realmente enfadada. Bob se apresuró a reunirse con Pete y Júpiter.

—Bien, oigamos de qué se trata y será mejor que valga la pena. Las chicas se han ido sacando chispas, especialmente Lisa.

Esbelto y atractivo, enfundado en unos pantalones a cuadros y un jersey amarillo brillante, era evidente que acababa de salir de su trabajo en Rock Plus Inc.

—¿Estás seguro de que no has de volver al trabajo? —preguntó Pete sarcástico—. Quiero decir... camino de la playa.

Desde que había dejado su trabajo de media jornada en la biblioteca, Bob había cambiado sus gafas por lentes de contacto y había entrado a trabajar en la empresa de caza talentos de Saxon Sandler. Había estado tan ocupado compaginando su trabajo con su vida social, que nunca encontraba tiempo para acercarse al Patio Salvaje, lo cual irritaba a Pete; ambos solían discutir por dicha cuestión a menudo. Júpiter tenía que esforzarse en hacer de mediador para conseguir mantener el equipo entero.

—Tu madre nos ha dicho que estabas trabajando —se interpuso Júpiter rápidamente.

—Lo estaba —replicó Bob—, pero a Sax le ha salido un trabajito en Los Ángeles para el resto del día y me ha dicho que no me necesitaba. Así que me he parado en la cafetería y he recogido a las chicas. Y ahora, decidme, ¿qué pasa?

Júpiter le contó toda la historia, incluyendo lo que había explicado Ty acerca del porqué estaba conduciendo un Mercedes, cuando en realidad había cruzado el país haciendo autostop y no tenía ni para pernoctar en el más barato de los hoteles.

—Esta historia cojea por todas partes —admitió Júpiter. Pero no es fácil que se haya inventado el nombre de Tiburón, ya que es el nombre en español de este temible escualo. ¿Quién será?

—Quizás el tipo sabía que el coche era robado y dio un nombre falso —sugirió Pete.

—Quizá no —replicó Bob—. Aquí, en Rocky Beach, hay uno al que llaman Tiburón. ¡Tiburón y los Pirañas!

CAPÍTULO 4

Bob toma la iniciativa

Júpiter y Pete miraron a su amigo con los ojos muy abiertos.

—¿Quién o qué cosa —preguntó el primero— es ese Tiburón y los Pirañas?

—No es —corrigió Bob—, son. Son cinco. Se trata de un conjunto hispano, que interpreta casi siempre música de salsa, pero también algo de *rock*. Tiburón es el solista del conjunto y se acompaña con una guitarra. El resto lo forman otro guitarra, un contrabajo, un batería y un teclista de sintetizador.

—¿Es uno de los conjuntos de tu jefe? —preguntó Pete.

Bob negó con la cabeza.

—Es de Jake Hatch, el mayor competidor de Sax de toda la ciudad. Él es quien los representa. Sax opina que son muy malos, pero lo cierto es que se hinchan a tocar en clubes pequeños y en fiestas particulares. También tocan como teloneros y entre números.

—¿Alguno de ellos es mayor? —preguntó Pete que pasó a describir a Joe Torres, el dueño de la tienda de alimentación.

—No. Son muy jóvenes. Tiburón probablemente sea el mayor, y debe tener sólo veintidós o veintitrés años.

—¿Tocan exclusivamente en Rocky Beach? —preguntó Júpiter.

—No. Por toda la costa, e incluso en Los Ángeles. Es el conjunto más popular que tiene Hatch. El hecho de que todos los conjuntos locales buenos estén representados por Sax, enfurece a Hatch, pero el otro se limita a reírse. ¡Dice que no se imagina cómo se las arregla Hatch para sobrevivir con semejantes talentos!

—Podrían haber estado... —Júpiter quiso insinuar algo, pero le interrumpió la tempestuosa llegada de su tía, que había salido corriendo de la oficina hacia el taller. Llevaba al cuello un pañuelo de seda de vivos colores. Júpiter supuso que era el regalo de Ty.

—¡Bien! ¡Ty es quien dice ser, pero su madre es una mujer horripilante! —exclamó furiosa tía Matilda—. La recordé mientras hablaba conmigo. ¡Nunca me gustó! Por eso la había apartado de mi mente. ¡No me extraña que Ty se viniera a California!

—¿Qué te dijo, tía Matilda?

—¡Más bien deberías preguntar lo que no dijo! Y de su propio hijo... ¡Pobre chico! —la irritada mujer se agitaba presa de indignación.

—¿Dijo algo sobre haber tenido problemas con la policía? —apremió Júpiter—. ¿De algún robo de coches?

—¡Amy le ha llamado calamidad y vago! Ha dicho que nadie podía fiarse de él,

¡y no sé cuantas cosas más!

Júpiter suspiró.

—¿Tía Matilda?

La indignada mujer continuó echando chispas unos segundos más. Finalmente, con un movimiento de cabeza dijo:

—No me ha dicho nada de ningún robo de coches, pero me ha contado que, desde jovencito, Ty ha tenido problemas con la policía por cosas de adolescentes, tales como gamberradas y algún hurto en tiendas. Incluso, durante una temporada, consumió drogas. Pero de todo eso hace diez años y, durante ese tiempo, no había tenido ningún otro problema. Estoy segura de que aprendió la lección.

Júpiter asintió.

—¿Va a ayudarle tu prima Amy a salir de la cárcel?

—De ninguna manera. Ha dicho que no tiene dinero para malgastar en un hijo que es un caso perdido. En lo que a ella concierne, Ty deberá apañárselas solo. Ya he hablado con mi abogado, pero éste dice que va a ser difícil lograr la libertad de Ty.

—¿Por qué? —preguntó Pete.

—¿Hay algo que nosotros no sepamos? —preguntó Bob.

Tía Matilda se puso seria.

—La policía quiere mantenerlo encerrado sin fianza.

—¿Y qué alegan? —exclamó Júpiter.

—Que tiene un pasado delictivo en otro Estado. Y lo que es peor: su supuesta vinculación con una banda organizada de robo de coches que opera en Rocky Beach.

—¿Cuándo sabrás si lo pueden soltar?

—Habrá una audiencia más adelante —respondió tía Matilda—, pero mi abogado quiere hablar antes con el juez.

—¿Seguirás insistiendo, tía Matilda? —rogó Júpiter—. Es vital que salga para que pueda ayudarnos.

La airada mujer asintió y volvió a la oficina para hablar nuevamente con su abogado. Los tres se miraron mutuamente.

—¿No podemos empezar sin él, Jupe? —preguntó Pete.

—Tendremos que hacerlo —manifestó éste, pensativo—. ¿De manera que la policía cree que hay una banda organizada de ladrones de coches en nuestra ciudad? Esto significa que últimamente ha debido de haber un montón de robos de vehículos por estos alrededores. —Se dirigió a Bob—: ¿Puedes averiguar si los Pirañas estuvieron tocando en Oxnard, la noche en la que Ty afirma que Tiburón le pidió que trajera el Mercedes hasta aquí?

—Claro. Se lo preguntaré a Jake Hatch.

—No. No quiero que nadie se entere de que estamos haciendo averiguaciones.

Bob sonrió.

—Indagaré por ahí.

—¿Y si empezaras ahora mismo? —insistió Júpiter.

—De acuerdo. Andando.

Pete protestó:

—Yo no puedo faltar esta tarde a mi clase de kárate. Hago mi demostración de *kata*.

—¿Y que tiene eso de importante? —preguntó Júpiter.

—Los *kata* son los antiguos ejercicios de entrenamiento, Jupe —explicó Bob—. Representan el verdadero espíritu del kárate. Hay unos cincuenta y están compuestos de un montón de movimientos que has de realizar en el momento preciso. Aprendemos uno al mes.

—Después —prosiguió Pete—, he de recoger a Kelly. Tiene clase de aerobio a la misma hora.

—Supongo que Bob y yo nos las arreglaremos —manifestó Júpiter—. Nos reuniremos aquí más tarde. ¿De acuerdo?

Bob sonrió.

—Te contaremos como nos hemos divertido engatusando a Jake Hatch.

—¡Está bien! —decidió Pete—. Me saltaré la clase de kárate y recogeré a Kelly más tarde. Vamos, chicos.

Todos se echaron a reír. Pete corrió hacia su destartado Fiero, mientras Bob también lo hacía hacia su antiguo pero immaculado VW. Mientras Júpiter decidía con cual de los dos se iba, un lustroso Jaguar X16 plateado entró en el patio. Del mismo saltó una morenita estilizada, vestida con un chandal azul, que con un ademán se despidió de alguien del interior del vehículo.

—¡Un montón de gracias, papi! Pete me traerá a casa. ¡Adiós!

El Jaguar salió a toda velocidad. Kelly Madigan corrió por el Patio Salvaje en dirección a Pete y se le colgó del brazo. Apenas le llegaba a los hombros. Kelly alzó la vista y le miró hacia arriba con sus grandes ojos verdes. Sonriendo al asombrado muchacho le dijo:

—Papá no podía llevarme a la clase de aerobio, de modo que le dije que me trajera aquí, que me llevarías tú —se puso de puntillas y le dio un beso en la punta de la nariz—. De todos modos, siempre nos vemos después de tu clase de kárate.

Pete tragó saliva con dificultad.

—No voy a clase de kárate hoy, Kel. Yo...

—¿Que no vas? ¿Y por qué, si puede saberse?

—Nosotros... tenemos un caso muy importante, Kel. El primo de Júpiter está metido en un lío y hemos de ayudarlo.

—¿Un caso? Oh..., ya sé que eso es muy importante, pero los lunes siempre tenemos kárate y aerobio. ¿Cómo vas a llevarme a casa si estás metido en el caso? Y, además, mamá nos espera a cenar, ¿recuerdas? Estoy segura de que hoy tanto Júpiter como Bob se las podrán arreglar solitos, ¿no chicos? Vámonos o llegaremos tarde, Pete.

Asió al chico por la mano, hizo señal de despedida a Júpiter y Bob, y lo empujó al

interior de su coche. Con gesto de impotencia dirigido a sus amigos, Pete se metió dentro. El Fiero salió del Patio Salvaje y enfiló en dirección a la ciudad.

—Cosas como ésa son las que me impiden ligarme a una chica. ¡No, señor! — exclamó Bob—. Sólo divertirme, eso es lo que yo digo. ¿No te parece, Jupe?

—Sí. Si pudiera, también a mí me gustaría divertirme.

—Vamos, Jupe, me paso el tiempo trayéndote montones de chicas. Y Pete también. ¿Es que no te gusta ninguna?

—Más bien soy yo quien no les gusto a ellas —suspiró Júpiter.

—Gustas a un montón de chicas. Salta a la vista. Por ejemplo, esa pequeña Ruthie de hoy. Le caías de lo mejor. Lo único que has de hacer es decidirte a dar el primer paso.

Júpiter enrojeció.

—¿Y si nos dedicáramos a averiguar lo que hay del Tiburón y los Pirañas?

—No hay problema. Vamos.

Entraron en el escarabajo de Bob y salieron del almacén para dirigirse al centro de la ciudad.

—¿A dónde vamos? —preguntó Júpiter.

—Al despacho de Jake Hatch.

—Pero no quiero que sepa que estamos investigando...

Bob sonrió.

—Confía en mí.

Llegaron a un edificio viejo y destartado cercano al área comercial. Bob aparcó en la parte de atrás del edificio.

La casa no tenía ascensor. Una luz mortecina se filtraba a través de la claraboya llena de polvo que cubría la escalera. Una serie de puertas de pintura desconchada, cuya parte superior era de vidrio, se alineaban a lo largo de cada descansillo. Al llegar al tercer piso, Bob abrió la última puerta de la derecha. Entraron en una oficina de recepción. En su interior estaba el despacho privado de Jake Hatch.

—Hola, Gracie —saludó Bob—. ¿Está el jefe?

Una linda joven de pelo rubio estaba sentada en la única mesa de recepción. Escribía a máquina una larga lista de cosas. Alzó la cabeza y sonrió cuando vio a Bob.

—¿No sabes que es su hora de comer?

Bob se sentó en el borde de la mesa y dedicó a la chica la más fascinante de sus sonrisas.

—Claro. Por eso he venido ahora.

La joven se echó a reír y agitó la melena ante la desvergüenza de Bob. El chico tenía por lo menos cinco años menos que ella, pero los ojos de la muchacha delataban que le encantaba su sonrisa.

—Estás muy seguro de ti mismo, Bob Andrews.

—¿Acaso es un delito que prefiera hablar contigo que con el viejo Jake, Gracie?

—la sonrisa de Bob se acentuó—. Además, he traído a mi amigo Júpiter para que te conozca. Jupe, ésta es Gracie Salieri, la mejor, la más eficiente y más bonita secretaria que jamás hayas conocido.

—Encantado de conocerla, señorita Salieri —dijo Júpiter.

—Llámame Gracie, Júpiter —replicó Gracie—. Y ahora deja de darme más jabón, ¿eh, Bob? ¿Qué es lo que te ha traído por aquí?

—Sax tiene un cliente que le ha pedido un conjunto de salsa —explicó Bob—. No tenemos ninguno. Parece que el hombre estuvo hace un par de noches en Oxnard y vio a un grupo que le gustó. Creo que debía tratarse del Tiburón y los Pirañas. ¿Sabes si actuaron en Oxnard hace dos noches? ¿Y dónde tocarán los próximos días?

—Pero, Bob, ya sabes que Jake no quiere compartir ninguna comisión.

—En este caso, a Sax no le importará no cobrarla. Lo único que quiere es complacer al cliente.

Gracie se levantó y entró en el despacho interior.

—¿Qué hace, Bob? —susurró Júpiter.

—Comprueba el cuadro de compromisos que Jake tiene colgado en la pared. Sax usa el mismo sistema. Es más rápido que un ordenador. Pueden ver dónde están todos los conjuntos que representan de un solo vistazo.

Gracie Salieri volvió.

—Exacto. Los Pirañas estaban actuando en Los Diablos, en Oxnard, hace dos noches. Los dos próximos días actuarán en La Cabaña —y se sentó nuevamente a su mesa.

—Eres lo mejor del mundo, Gracie. Gracias —y Bob se inclinó sobre la mesa y plantó un beso en la mejilla de la chica—. Ahora Sax le preguntará al cliente si ése es el conjunto de salsa que le gustó. Si lo es, Jake podrá meterse en el bolsillo una bonita comisión.

Ella se echó a reír.

—Fuera de aquí, Bob Andrews.

Una vez fuera, Bob guiñó el ojo a Júpiter mientras se disponían a bajar los polvorientos escalones para dirigirse hacia el escarabajo.

—Aunque Gracie se lo cuente a Jake, éste sólo verá la posibilidad de ganar un dinero fácil. Ahora ya sabemos que Tiburón y Ty coincidieron en Oxnard.

—Y La Cabaña es una cafetería que despacha *pizzas* en la cual nos está permitido entrar —añadió Júpiter—. Si Ty logra salir de la cárcel, quizá pueda identificar a Tiburón. De lo contrario, podemos hablar con éste e intentar arrancarle algunas respuestas.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Nos reuniremos en el cuartel general —decidió Júpiter—. Iremos a La Cabaña y hablaremos con Tiburón y sus Pirañas.

CAPÍTULO 5

Los Pirañas entran en acción

La Cabaña era un cuchitril situado en las afueras de Rocky Beach cuya especialidad eran las *pizzas*. Júpiter y Bob llegaron a las ocho. Pete, inevitablemente, tuvo que llevar a Kelly a una de las muchas fiestas que se organizan en primavera y Júpiter, se limitó a suspirar una vez más.

Pequeño y andrajoso, La Cabaña atraía a un público compuesto en su mayoría por los estudiantes de enseñanza media y superior locales. Muchos de los lugares que ofrecían música en directo vendían también licor, por lo que inmediatamente quedaban fuera del alcance de los menores de veintiún años. La ley se hacía cumplir rigurosamente hasta el extremo de obligar a los miembros de los conjuntos que no hubiesen cumplido la edad reglamentaria a permanecer en el escenario bajo la mirada vigilante de un empleado del local. Pero La Cabaña era un restaurante de *pizzas* que sólo servía bebidas sin alcohol y los adolescentes acudían en masa.

Mejor dicho, acudían en masa la mayoría de las noches. Aquella no.

Cuando Júpiter y Bob entraron, vieron a dos chicos de la escuela superior jugando en una vieja y destartada máquina de juegos electrónicos. Otros dos comían una *pizza*, con los ojos clavados en un silencioso aparato de TV. Cuatro chicas se sentaban en una de las mesas situadas al lado de la minúscula pista de baile. Debían ser amigas de los componentes del conjunto, porque eran las únicas que prestaban atención a lo que ocurría en el escenario.

La Cabaña estaba casi vacía, pero un ruido ensordecedor llenaba el pequeño local. «¡Para bailar la bamba... bamba!».

Cinco muchachos cantaban y tocaban un ritmo de salsa con guitarras eléctricas, un bajo y un sintetizador; aquello sonaba como una banda callejera mexicana. El batería le daba a los platillos y tambores y, de vez en cuando, agitaba unas maracas. Rodeados de cables, amplificadores, pedales y mil piezas más de su equipo, apenas les quedaba espacio para moverse en el pequeño escenario.

«¡La... bam... ba...!».

¡El Tiburón y los Pirañas! El batería hizo un repiqueteo final, giraron todos con un paso de baile y saludaron como posesos a la sala casi vacía, con los rostros brillantes de sudor. Miraron esperanzados la puerta, cuando ésta se abrió para dar paso a Júpiter y Bob, que tomaron asiento en una mesa del fondo.

—¡Qué malos son! —exclamó Júpiter.

—Con razón Sax dice que, en lugar de cantar, se limitan a gritar —asintió Bob—. ¡Y qué mal tocan además!

—Imagino que Tiburón es el del traje blanco.

—Exacto. Es el tipo alto que toca la guitarra eléctrica. Ahora canta.

Júpiter lo contempló mientras cantaba y se movía frenético en medio de los cables. Delgado y bien parecido, llevaba un exótico traje blanco compuesto de pantalones ajustadísimos, chaqueta larga y camisa de seda abierta hasta la cintura. Era todo un espectáculo aunque acompañado de muy poco talento. Los cuatro Pirañas, más bajos que él, tocaban a su espalda vestidos de rojo y negro.

—No tienen mucho de conjunto salsero que digamos —comentó Bob—. No sé como Hatch los puede haber contratado.

—Yo tampoco —respondió Júpiter.

El esforzado conjunto atacó ahora un *rock and roll*. Los chicos de la escuela superior dejaron de comer y de jugar con la maquina y se pusieron a escuchar. Entró más gente, pero aún faltaba mucho para llenar el local. De repente, Bob se inclinó hacia Júpiter.

—Aquel es Jake Hatch.

Un hombre bajito y gordinflón, embutido en un caro traje gris, había irrumpido en la cafetería. Sobre su amplio estómago cubierto por un chaleco, brillaba una cadena de reloj. Tenía un rostro pálido y sombrío, y una barba de las que siempre reclaman un buen rasurado.

Hatch echó una mirada malhumorada al vociferante conjunto y otra del mismo calibre a la sala casi vacía.

—¿Te reconocerá? —preguntó Júpiter.

—Claro —respondió Bob—. No sabe por qué hemos venido a ver a Tiburón, pero seguro que Gracie le ha contado nuestra visita.

Hatch se quedó de pie al lado de la puerta. Miró cejijunto al ruidoso conjunto y contempló a los pocos espectadores hasta que la pieza llegó a un estrepitoso final. Los Pirañas dejaron sus instrumentos y se reunieron con las chicas de la mesa de primera fila. Tiburón circulaba entre el reducido grupo sonriendo y hablando. Jake Hatch encendió su puro. En aquel momento vio a Bob, y sus espesas cejas se alzaron. Se acercó a la mesa.

—¡Vaya! —exclamó mientras se sentaba—. ¿Con que Sax necesita a Tiburón y a los Pirañas, eh? Olvidadlo, no reparto comisiones.

—Estamos interesados en un conjunto de salsa —explicó Bob—. Sax nos ha enviado a ver a Tiburón, mientras él busca por Los Angeles.

Hatch soltó una risa desagradable.

—Esto no es lo que me ha dicho Gracie. Tenéis un tipo que vio al conjunto en Oxnard, hace un par de noches, y anda loco con ellos.

—Pero nosotros ya conocemos a Tiburón, ¿no es cierto? —sonrió Bob—. Si lo promocionamos, la comisión irá al cincuenta por ciento.

El rostro de Hatch enrojeció de cólera.

—Algún día voy a echar a Sandler de la ciudad con el rabo entre las piernas. Todo el mundo sabe que engaña y miente para conseguir clientes y conjuntos. Y tú caerás

con él, muchacho, si no te das cuenta a tiempo de lo que te conviene.

—Le agradezco su interés por mi carrera —replicó Bob en tono suave.

—Sigue mi consejo y deja colgado a Sendler —insistió Hatch. Dio unas chupadas al puro—. ¿Te gustaría ganar dinero fresco?

—Siempre estoy dispuesto a ganar dinero —sonrió Bob.

—Cuéntame lo que hace Sendler. Quiénes son sus clientes, cómo encuentra a sus clientes, cómo trabaja.

—¡Pero, señor Hatch! ¡Eso sería espiar! —exclamó Bob fingiendo un divertido horror.

—Todo el mundo espía, chico.

—Lo siento, señor. Ése no es mi estilo.

Hatch le clavó unos ojos iracundos.

—No te hagas el honrado conmigo. ¿Cómo llamas a lo que estás haciendo aquí? Estoy enterado de que Sendler te envió para hacer un trato con Tiburón a espaldas mías.

—¿Quién ha dicho eso? —replicó Bob—. Sax no...

Júpiter le dio un puntapié por debajo de la mesa. No podían decirle a Hatch que Sax Sendler no sabía nada de su presencia allí. Hatch hubiera advertido que toda la historia acerca de alguien a quien le gustaban el Tiburón y sus Pirañas era una patraña. El agente les miró lleno de sospechas. En aquel momento, Tiburón se acercó a la mesa.

—Habláis de Tiburón, ¿eh? —trompeteó el reluciente líder del conjunto—. Sois fans míos, ¿eh? Os gusta nuestra música. Aquí tenéis al Tiburón y sus Pirañas.

—Bien... —empezó Bob.

—¡Sois fabulosos! —interrumpió apresuradamente Júpiter—. Especialmente tú. ¿Porque tú eres Tiburón, no?

—En persona —declaró el guitarrista cantante irguiéndose en toda su estatura. De cerca podía apreciarse un rostro largo y orgulloso, liso como un guante de piel marrón clara—. ¿Quieres una foto dedicada? Jake, deles a estos chicos una de las instantáneas que nos sacamos aquí.

Hatch miró lleno de dudas a Júpiter, no muy seguro de su relación con Bob. Su rostro denotaba desconfianza. Si Júpiter era un auténtico fan, Hatch no quería ofenderle, pero si sólo había venido por acompañar a Bob, no tenía la menor intención de hacerle ninguna concesión. Intentó obviar la situación contándole a Tiburón la razón de la presencia de Bob.

—Las tengo fuera en el coche. Luego las traeré —y señalando a Bob con la cabeza añadió—: Éste de aquí no es un fan. Trabaja...

—¡Eh! ¡Yo conozco bien a mis fans! —protestó el cantante arrugando el entrecejo. Sus dientes y su larguirucha faz, se asemejaban más que nunca al pez del cual llevaba el nombre—. Vaya a buscar una foto para mi amigo, ¿de acuerdo? —Además de arrogante era de lo más vulgar.

Bob y Júpiter temieron que Hatch estallararía de rabia, pero el descubridor de talentos se limitó a tragar saliva con gran esfuerzo; logró esbozar una sonrisa, se levantó y se dirigió a la salida.

—¿Podría decirle a Jake que traiga otra para mi primo Ty? —preguntó Júpiter una vez el agente hubo desaparecido tras la puerta de entrada.

—¡Claro! Jake traerá más de una. ¿Tu primo también es un fan mío?

—No, exactamente —replicó Júpiter—. Dice que te conoce. Me ha pedido que te salude.

—¿Es alguien de otro conjunto? Conozco un montón de chicos que tocan.

—No —declaró Júpiter—. Es el que llevó el coche de tu hermano a Rocky Beach, tal como tú le pediste. Pero no pudo encontrar a su propietario...

Lentamente la sonrisa de Tiburón se desvaneció. A los pocos segundos reapareció, pero ya no era la misma. Esta vez era igual a la de un verdadero escualo.

—Ya... Sí. He oído hablar de ese gringo que robó unas buenas ruedas y se descolgó con esa ridícula historia de que yo le había pedido que llevara el coche a mi hermano. Ni los polis se tragan eso. —Movi6 la cabeza como compadeciéndose de Ty—. Tu primo ¿eh? Malo, malo, malo...

—¿Así que no sabes nada del asunto? —insistió Bob. Tiburón se echó a reír.

—Eh, chico, sabes una cosa... Ese primo tuyo ni siquiera había estado en Oxnard. ¡Y te diré más, no tengo ningún hermano!

Sin dejar de reír, el solista larguirucho se alejó en dirección a sus compañeros.

Bob miró a Júpiter consternado.

—¿Jupe? Si no tiene ningún hermano, ¡Ty nos ha mentido!

Desde el escenario, los cuatro Pirañas fijaron sus ojos en Bob y Júpiter. Jake Hatch volvió con un puñado de fotografías en la mano. Miró a los chicos y a continuación a Tiburón y los Pirañas que se preparaban para la próxima actuación. El agente se dirigió hacia el escenario.

—¡Vámonos! —urgió Júpiter—. ¡Salgamos de aquí!

—¿No quieres la foto? —preguntó Bob.

—Sígueme.

Se abrieron paso entre la gente que llegaba y salieron al exterior. Ya era de noche. Al pasar por delante del tablero de anuncios del local, de camino al VW de Bob, Júpiter arrancó la foto de Tiburón.

Bob seguía con semblante descorazonado cuando entraron en el coche.

—No es posible que haya mentido en lo de su hermano, Jupe. Ha de ser Ty quien miente.

—No, si Tiburón se proponía deshacerse de un coche robado y le mintiera entonces acerca de tener un hermano —replicó Júpiter mientras Bob ponía el vehículo en marcha—. Lo único seguro es que alguien miente —añadió sombrío.

—¿Quién, Jupe? ¿Y sobre qué?

—Tiburón sólo podía haberse enterado de la historia de Ty por nosotros, o bien,

por la policía, o por Joe Torres y sus amigos. Nosotros, no se lo hemos contado. La policía, no creo. Por tanto se lo debe haber dicho Torres o uno de los otros dos. Esto significa que conocen a Tiburón ¡y mintieron a la policía!

—¡Tienes razón, Jupe! —exclamó Bob.

—Y —continuó Júpiter— esta noche en ningún momento hemos mencionado Oxnard y, sin embargo, Tiburón sabía que Ty se llevó el coche de allí.

—¡Uau! Entonces, o bien Torres le contó a Tiburón lo de Oxnard, o Ty dice la verdad sobre el cantante. O ambas cosas. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo que vamos a hacer —dijo Júpiter— es dar la vuelta, volver y esperar a que Tiburón y los Pirañas salgan de La Cabaña.

CAPÍTULO 6

¡Tras el Tiburón!

El sur de California tiene un clima desértico, templado de día, gracias a la proximidad del mar, pero frío por las noches. En primavera, el aire hiela hasta los huesos.

Temblando por la falta de calefacción del VW, esperaron escuchando la estruendosa música procedente de La Cabaña. Fue una larga noche para los Investigadores.

La música y el trajín de los escasos clientes saliendo y entrando del local, duraron hasta medianoche. A continuación, se hizo el silencio. Los últimos clientes fueron saliendo del local en grupos de dos y tres y, finalmente, el conjunto irrumpió al exterior por la doble puerta en medio de una tempestad de exclamaciones y juramentos airados.

El más iracundo era Jake Hatch. Bajo el único fanal de la calle, le vieron hacer signos con el brazo a un hombre barbudo que parecía ser el dueño de La Cabaña. Tiburón y los Pirañas se agrupaban a su lado formando un círculo encrespado. Finalmente, Hatch dijo algo brusco y cortante a los del conjunto, se dirigió hacia un Rolls Royce gris plata y se fue. El propietario de La Cabaña alzó los brazos al cielo y entró en el local. Tiburón y los Pirañas se desvanecieron hacia la parte posterior de la casa.

—¡Síguelos, Bob! ¡De prisa! —ordenó Júpiter.

—Se dirigen al estacionamiento, Jupe. Han de salir necesariamente por aquí —dijo Bob mientras hacía un movimiento con la cabeza en la dirección que había desaparecido el Rolls Royce—. Aun siendo de segunda mano, no me explico como Jake puede mantener un Rolls con los misérrimos ingresos de su oficina. Ni siquiera Sax podría mantener uno con lo que gana.

Bob estaba todavía pensando en el Rolls Royce, cuando apareció el primero de los coches del conjunto procedente del estacionamiento cuyas luces ya se habían apagado.

—¡La madre, qué ejemplar! —exclamó Júpiter.

Era un sedán grande cuyo modelo o año de fabricación era prácticamente imposible de descubrir. De un extremo a otro estaba completamente cubierto de grafitis^[1] hechos con *spray*, ¡incluso en las ventanillas! Los mensajes y dibujos se entrelazaban de tal manera que resultaba imposible averiguar el color primitivo del vehículo. Ni siquiera se podía determinar su forma con certeza dado lo bajo de su carrocería.

—¡Se trata de un coche transformado con el sistema de suspensión modificado! —exclamó Júpiter.

Aquel vehículo se elevaba unos dieciocho centímetros del suelo porque, o bien le habían quitado los muelles y amortiguadores, o le habían adaptado un sistema hidráulico que bajaba y subía la suspensión según conviniera. Si se trataba de este último sistema, el conductor podía restablecer la altura correcta a la hora de conducir por autopista. Además, iba provisto de placas de acero bajo las partes delanteras y trasera para proteger los bajos de piedras y accidentes del suelo o en las entradas y salidas de las autopistas.



Le seguía una procesión de otros cuatro coches de idénticas características, y todos tomaron la dirección del barrio hispano.

Sólo determinados jóvenes llevaban estos vehículos. Formaban parte de la vida del barrio y eran una manera de diferenciarse de los gringos y dejar boquiabiertas a

las chicas. Solían cuidarlos mucho. Los pintaban una y otra vez, los pulían y abrillantaban, y los decoraban por dentro y por fuera, hasta dejarlos en perfectas condiciones para presumir con ellos los sábados por la noche y en las exhibiciones de coches fantásticos.

Pero aquellos coches eran diferentes. Además de metamorfoseados, eran feos, con frases toscamente pintadas que proclamaban el nombre y el talento de Tiburón y los Pirañas en diez colores distintos.

—Es publicidad —dijo Júpiter—. Su marca. Al menos resultará fácil identificarlos cuando circulen lentamente.

Bob concedió todo un bloque de casas de ventaja a los pintarrajeados vehículos antes de poner su VW en marcha. La procesión era tan lenta que tenía que frenar continuamente. Por fin llegaron a las primeras casas del barrio latino. Bob todavía seguía en línea recta cuando los cuatro vehículos entraron en un túnel de lavado de coches cerca de un Taco Bell^[2], a sólo dos travesías de la Escuela Superior de Rocky Beach. En los días que no había clase, siempre había cantidad de coches que permanecían allí, incluso hasta después de medianoche. Era un punto de encuentro que Bob y Júpiter conocían muy bien.

Condujeron lentamente hasta sobrepasar el recinto donde Tiburón, los Pirañas y sus chicas habían dejado sus vehículos. El grupo estaba en el puesto de comidas degustando un tentempié y tomando bebidas sin alcohol. Algunos jóvenes se les habían unido.

—Podríamos entrar —propuso Júpiter—. El Taco Bell parece un buen sitio para comer, ¿no crees?

—Estoy seguro de que lo es —sonrió Bob.

—¿Qué quieres decir con eso? —protestó Júpiter.

—Nunca oí hablar de un régimen alimenticio a base de tacos^[3].

—Hay dietas que tienen de todo —replicó Júpiter muy envarado.

—No creo que la dieta de pomelo y queso fresco contenga tacos.

—¡Tengo hambre! —gruñó Júpiter.

—Oh, a mí no me importa si estás gordo.

—¡No estoy gordo! Sólo un poco... grueso quizá, pero...

—Jupe, de acuerdo. A mí y a Pete nos gustas de cualquier manera, gordo o delgado, qué más da. Ahora, ¿qué hacemos?

—Entremos —decidió Júpiter aún envarado—. Si no tomamos nada se nos verá demasiado el plumero.

Bob giró la cabeza para ocultar una sonrisa. Aparcó su escarabajo y salieron ambos del vehículo, mezclándose con la multitud de chicos de la Escuela Superior que llenaban el recinto. Conocían a algunos de ellos y entablaron conversación mientras esperaban su turno.

Bob y Jupe, con su bandeja de tacos, se instalaron en una mesa al lado de una ventana, desde donde gozaban de una vista perfecta del autoservicio. Las sillas

habían desaparecido, por lo que optaron por instalarse encima de la mesa mientras comían y vigilaban.

A aquella hora de la noche, el túnel de lavado parecía haber cerrado para todos los clientes, excepto para Tiburón y los Pirañas. Un hombre mayor atendía el puesto de comidas, pero los demás dependientes habían desaparecido. Era evidente que Tiburón mandaba allí. Se apoderó de la única tumbona que había, mientras los Pirañas y las chicas se distribuían a su alrededor. Hablaba y los demás escuchaban.

Excepto una de las chicas. Se levantó dispuesta a comprarse alguna cosa en el puesto de comidas. Tiburón apuntó hacia ella con uno de sus largos dedos y gritó tan alto que incluso Júpiter y Bob pudieron oírle desde donde estaban.

—¡Vuelve aquí, nena! Nada de comida cuando hablamos de negocios. ¿Me ha oído, patrón?

El anciano que atendía el puesto de comidas movió la cabeza hacia la muchacha en señal negativa. Ella giró rápida e irritadamente y le dijo algo punzante a Tiburón. Al instante, éste se levantó y se puso a su lado de un salto. La asió por un brazo. Uno de los chicos que no era un Piraña, se adelantó de otro salto y apartó de un golpe la mano de Tiburón.

Todo el mundo quedó paralizado y en silencio.

Tiburón avanzó una mano y asió al otro chico por la camisa. Éste lo apartó de un manotazo. Tiburón le aplicó un violento puñetazo con la derecha. El defensor de la chica vaciló, pero inmediatamente se repuso y lanzó dos directos, uno con la izquierda y otro con la derecha. Tiburón neutralizó el directo de izquierda, bloqueó el de derecha y abatió al chico con un solo y poderoso puñetazo en la mandíbula. Esta vez el defensor de la chica no intentó levantarse.

Tiburón dijo algo y se echó a reír. Todo el mundo hizo coro. Excepto la chica que había desafiado a Tiburón, que se inclinó sobre su protector caído. El que mandaba en el cotarro volvió a su tumbona y reanudó su discurso como si nada hubiera pasado.

Júpiter y Bob contemplaban la escena desde su mesa, expectantes.

—Más parece el jefe de una banda de delincuentes que el líder de un conjunto musical —comentó Bob.

—Sí —asintió Júpiter—. Me parece que es ambas cosas. Como si la «banda» a la que pertenece formara parte de otra más importante. Creo... —pero el dirigente de Los Tres Investigadores dejó la sentencia sin terminar.

Un coche había entrado en el recinto. Del vehículo salió un hombre que agitó los brazos en señal de saludo.

—¡Es Joe Torres! —exclamó Júpiter.

Tiburón se puso en pie y dijo alguna cosa a uno de los Pirañas, que salió del Taco Bell corriendo para reunirse con Torres. Charlaron en la oscuridad unos instantes, mientras el resto del conjunto esperaba dentro.

—¡Torres mentía! —exclamó Bob—. Está claro que conoce a Tiburón. Me apuesto lo que quieras a que era el destinatario del coche robado. Tiburón se inventó

la absurda historia del hermano.

—Quizá sí y quizá no —replicó Júpiter—. Torres mintió al decir que no conocía a Tiburón, pero eso no significa que el resto no sea cierto. Quiero decir, que quizá Torres estuviera protegiendo a Tiburón, pero podía no saber nada de coches robados. También puede ser que Tiburón hiciera en Oxnard lo que Ty afirma, pero puede ser que le utilizaran. Quizá no sabía que el vehículo era robado.

—¿Y cómo lo averiguaremos?

—Hemos de saber más cosas —afirmó Júpiter—. Vigilaremos un rato más.

—Se hace tarde, Jupe —dijo Bob—. Si Sax vuelve esta noche de Los Ángeles, mañana tendré que trabajar.

—Hemos de averiguar si Tiburón sabía que el coche era robado y quien le encargó que enviara a Ty a la tienda de Torres.

—¡Jupe! —exclamó Bob de repente.

Tiburón permanecía dentro y Joe Torres se encaminaba directamente hacia el Taco Bell.

—¡Me reconocerá! —exclamó Júpiter presa de pánico.

Buscó un lugar donde esconderse. ¡No había ninguno!

El Taco Bell estaba ahora prácticamente desierto, con unos pocos clientes esparcidos por algunas mesas vacías. El estacionamiento, perfectamente iluminado, también estaba casi desierto. En el largo mostrador del local, diseñado como una hacienda californiana, no había ni un solo cliente.

—¡Rápido! —exclamó Bob—. ¡Ponte de rodillas!

Júpiter se dejó caer al lado de la mesa sin sillas. Bob se sacó su chaqueta de cuero y ¡se sentó encima de Júpiter como si fuera un asiento! Se colocó la chaqueta sobre las rodillas y se envolvió las piernas con ella como si tuviera frío. A continuación, se apoyó descuidadamente contra la mesa bajo la luz mortecina y continuó masticando su segundo taco.

Bob miró a Torres con expresión inocente cuando entró. Esperaba que el propietario de la tienda de alimentación no advirtiera que, al otro lado del oculto Júpiter, no había ninguna silla. Pero Torres apenas dedicó una mirada a Bob de camino hacia el mostrador.

Júpiter murmuró con voz ahogada:

—Para estar tan delgado, pesas una tonelada. ¿Puedo levantarme?

—Todavía está en el mostrador. En cualquier momento podría mirar hacia aquí. Es mejor que no te muevas.

Júpiter gruñó. Bob rió en silencio.

—Eres un asiento muy cómodo y blando, ¿lo sabías?

—¡Espera a que me levante! —sonó irritada la voz apagada de Júpiter.

Bob le aplicó una suave patada en las costillas. Hubo unos sonidos ahogados como si Júpiter se esforzara en sofocar alguna cosa. Bob cesó de molestarlo cuando vio que Torres no se fijaba en él cuando se dirigía hacia su vehículo. Aquella vez, el

delgado y cetrino individuo ni siquiera se molestó en mirar a Bob.

—Ya se ha ido —dijo Bob poniéndose en pie.

Júpiter se enderezó sosteniéndose la espalda y ayudándose con la mesa hasta que pudo recuperar del todo la vertical. Miró a Bob con ojos irritados, pero al final sonrió.

—Has tenido una idea muy oportuna —admitió—, pero será mejor que salgamos de aquí antes de que alguien vuelva para comerse un taco.

Subieron de nuevo al VW y se dirigieron al Patio Salvaje. La chatarrería estaba cerrada y a oscuras, igual que la casa.

—Todo el mundo duerme —dijo Júpiter—. Veamos si Ty está en casa.

Una vez dentro, se dirigieron de puntillas al sótano. La puerta estaba abierta y la habitación vacía. Subieron al piso de arriba a mirar en la habitación de los huéspedes. Tampoco había nadie. Bob estaba preocupado.

—Quizá la policía tiene más pruebas de las que tú crees.

—Puede ser —admitió Júpiter—. Por la mañana lo preguntaré a tía Matilda. Pero creo que Ty dice la verdad.

—Estoy seguro de ello, Jupe. Pienso lo mismo.

—Nos reuniremos con Pete en el cuartel general después del desayuno.

—A menos que Kelly le encuentre alguna cosa que hacer, ¿no?

Júpiter pareció no darse cuenta de la evidente falta de confianza y la mordacidad de su compañero.

—Sabes... —dijo lentamente—, un conjunto que se desplaza arriba y abajo de la costa casi cada noche, puede ser una tapadera perfecta para una red organizada de ladrones de coches.

CAPÍTULO 7

El Cadillac naranja

A primera hora de la mañana siguiente, Pete se embutió en una camiseta que llevaba el rótulo HASTA QUE LA TIRES, y se dirigió en su coche hacia el Patio Salvaje. Deseaba disculparse por no haber hecho aparición la noche anterior... y para enterarse de lo que había ocurrido. Se encontró con las puertas de hierro cerradas a cal y canto. Cruzó la calle y se dirigió a la casa.

Júpiter todavía estaba desayunando con sus tíos. En el plato había pomelo y queso fresco. Su semblante reflejaba una expresión de desencanto, y no era solamente por el parco desayuno.

—¡Todavía no hemos podidos sacar a Ty de la cárcel! —exclamó.

Su tía estaba irritadísima.

—El juez aún no ha determinado la fianza. Mi abogado está haciendo lo que puede, pero no hay forma de obligar a un juez a que se apresure. El fiscal insiste en que Ty es un testigo de suma importancia y teme que huya. Mi abogado, en cambio, está convencido de que hoy logrará el fallo, pero ya no lo está tanto de que ese fallo resulte favorable.

El tío Titus, un hombre bajo, delgado y con un gran mostacho, miró a su esposa y le dijo:

—¿Estás segura de que ese primo tuyo es «trigo limpio»? ¿Está metido en una historia muy rara, no crees?

—Cierto, tío —intervino Júpiter—. Pero hemos averiguado ciertos hechos que nos permiten estar casi seguros de que la historia de Ty es verdadera.

—Ahora todo cuanto hemos de hacer es probar que lo es —añadió Pete.

El tío Titus frunció el entrecejo.

—Id con cuidado, ¿eh? Los ladrones de coches no son como para tomárselos a broma.

—Lo haremos, tío —le aseguró Júpiter mientras terminaba su queso fresco—. Voy a abrir el almacén y luego nos reuniremos en el cuartel general antes de irnos. Tía Matilda, si Ty logra su fianza, ¿nos dejarás un mensaje en el contestador automático? Intentaremos llamar cada hora.

—De acuerdo, Júpiter. Llamaré otra vez al abogado y abriré la oficina.

Júpiter, al salir con Pete, abrió la cerradura electrónica del Patio Salvaje con el mando a distancia. Una vez en el remolque, Jupe le contó a Pete todo cuanto había sucedido la noche anterior. A éste le hizo mucha gracia la descripción que hizo de Tiburón y los Pirañas, vociferando en el minúsculo y casi vacío café, y se entusiasmó con el relato de la aparición de Joe Torres en el Taco Bell.

—¡De manera que Torres conocía al tal Tiburón!

—Está claro —asintió Júpiter—. Ahora lo que hemos de hacer es probar que éste es el mismo Tiburón que pidió a Ty que le llevara el Mercedes desde Oxnard a Rocky Beach, y que además sabía muy bien que el coche era robado.

—¿Eso es todo? —preguntó Pete—. Bien pues, ¿por dónde empezamos?

—Recapitemos lo que hemos descubierto hasta ahora; elaboremos una hipótesis y trabajemos a partir de ella como si fuera cierta.

—¿Elaboremos una qué? Por favor, Jupe, hágame en lenguaje normal.

—Una hipótesis, una suposición, una teoría, Pete. En este caso, supondremos que Joe Torres es miembro de una banda de ladrones de coches. Por tanto, la mejor manera de probar la relación con Tiburón es vigilar a Torres y ver a donde nos conduce.

—Me parece lógico —dijo Pete—. ¿Cuándo volvemos a la tienda?

—Así que llegue Bob.

—Trabajaré un poco en el Corvair mientras tanto.

—Eso me recuerda una cosa: ¿cuándo encontrarás un coche para mí?

—Ya te lo dije. Así que haya puesto a punto el Corvair. No tardaré mucho. De todas maneras, ahora no podemos ir. ¿No esperamos a Bob?

—Excusas, excusas.

—¡Está bien! ¡Está bien! Iremos ahora. Sé de un sitio donde venden de segunda mano. Empezaremos por allí.

—Tienes razón, no podemos —suspiró Júpiter—. Bob llegará de un momento a otro.

Pete salió del cuartel general murmurando en voz baja. Decía algo sobre la gente cabezota y testaruda.

Una vez solo, Júpiter abrió el último cajón de su escritorio, rebuscó en el fondo del mismo y sacó un chicle. Masticó con fruición vigilando de reojo la puerta por la que en cualquier momento podía aparecer Bob. Pero Bob no apareció.

Ni al cabo de un segundo, ni de un minuto, ni de media hora después.

Júpiter salió fuera y echó un vistazo. No había nadie. Continuó mirando por los alrededores del cuartel general, hasta llegar al taller donde Pete estaba con la cabeza metida dentro del motor del Corvair otra vez.

—Bob se retrasa —dijo.

—¿Y qué más? —murmuró Pete desde el coche.

—Es por ese trabajo —rezongó Júpiter—. Le gusta tanto que ya ni se acuerda de Los Tres Investigadores.

—No. Es por esas chicas —corrigió la apagada voz de Pete—. El afán por tener un montón de chicas tras él le impide pensar en cualquier otra cosa.

—Las chicas no pueden ser tan importantes —dictaminó Júpiter.

La cabeza de Pete emergió del motor para mirar a Júpiter con los ojos muy abiertos, en el mismo momento en que Karen, la chica del VW Rabbit, entraba en la

chatarrería.

—¡Eh! ¿Está Bob? —preguntó.

Júpiter movió la cabeza en sentido negativo. Pete respondió:

—No lo hemos visto todavía.

Karen le dio la vuelta al coche y se fue agitando la mano por la ventanilla. Momentos más tarde, entró un Honda, Esta vez se trataba de la chica bajita que había hablado con Júpiter, el día antes.

—¿Has visto a Bob esta mañana, Júpiter? ¿Porque eres Júpiter, verdad? —le sonrió.

Esta vez Júpiter fue incapaz de mover la cabeza.

—No lo hemos visto, Ruthie —dijo Pete devolviéndole la sonrisa a la rubia.

Ruthie dedicó una nueva mirada a Júpiter antes de salir del Patio Salvaje.

—Le gustas, Jupe —dijo Pete—. ¡Vaya que sí! ¿Por qué no le pides para salir?

Júpiter seguía con los ojos el Honda que se alejaba.

—¿De veras crees que le gusto?

—No puede ser más evidente, a menos que te lo pidiera ella misma, pero la mayoría de las chicas no lo hacen.

—Ya lo sé —dijo Júpiter—. ¿Y por qué no lo hacen? Sería mucho más fácil.

—Quizá sí, pero tendrás que pedirselo tú. Júpiter gruñó:

—Quizá más tarde. Así que Bob...

Una tercera chica llegó al Patio Salvaje. Esta vez era la pelirroja Lisa. No sonreía.

—Bob me envía a decirnos que Sax ha vuelto y que ha de trabajar. Más tarde vamos a salir nosotros, de manera que estará ocupado todo el día.

Dio la vuelta con el coche y salió sin ni siquiera mirar a los chicos. Pete sacudió la cabeza mientras ella desaparecía.

—No le gustamos, ¿sabes? Opina que Bob pasa demasiado tiempo con nosotros. Esta chica va a ser un problema.

—Es su problema —arguyó Júpiter—. Tendremos que vigilar a Torres nosotros dos solitos.

Preguntaron a tía Matilda, pero ésta no tenía noticias aún de su abogado. Se dirigieron al barrio hispano en el Fiero de Pete. Al doblar una esquina, divisaron la tienda de alimentación de Torres.

—Se nos ve demasiado —dijo Júpiter a medida que se acercaban—. ¿No habrá un lugar donde escondernos?

No resultaban conspicuos por el mero hecho de ser gringos. El barrio hispano de Rocky Beach no era tan uniforme como los grandes barrios de tipo racial que existían en Los Ángeles o en Nueva York, donde todo el mundo lo era. Allí, aunque la mayoría lo fueran, porque muchos descendían de las familias originarias de California cuando era española y mexicana, también vivían muchos gringos.

Pero Bob y Pete, aunque gringos, eran forasteros en el barrio y, tarde o temprano, serían detectados. Pete señaló:

—Allá hay un portal que nos permitirá observar la tienda sin ser vistos.

—Perfecto —asintió Júpiter—. Incluso el edificio parece vacío.

Protegidos por la oscuridad del portal, se dispusieron a vigilar. La mañana pasaba. Aquélla era la parte más incómoda del trabajo de un detective: la monótona, lenta y aburrida, pero importantísima labor de vigilancia a la espera de que algo suceda.

Al mediodía, Pete se puso alerta:

—¡Jupe! —le dijo sobresaltado.

Tres de los Pirañas llegaban en uno de los coches transformados, ahora con la elevación normal, para conducir por autopista. Entraron en la tienda.

—A lo mejor van a comprar víveres —sugirió Pete.

Pero, cuando salieron media hora más tarde, no llevaban ninguna bolsa que lo sugiriera.

—Seguro que Torres y los Pirañas andan metidos en algún asunto feo —comentó Pete.

—Podría tratarse de asuntos de vecindad —añadió Júpiter, aunque en su voz se apreciaba cierta ironía. Pasaron dos horas más.

Al rato, apareció un Cadillac naranja que se detuvo enfrente del establecimiento. El conductor se apresuró a entrar. Unos segundos más tarde, apareció Joe Torres y se metió dentro del Cadillac.

—¡Andando! —exclamó Júpiter.

Salieron corriendo del portal hacia el Fiero de Pete y entraron en el vehículo a toda prisa. Pete lo puso en marcha justo en el mismo momento en que el Cadillac doblaba la esquina, delante de ellos. Pete arrancó, dobló la esquina y empezó la persecución del otro coche.

El Cadillac naranja estaba a dos travesías de distancia y marchaba lentamente. Pete se mantuvo lo más separado posible. Torres había visto el Fiero el día anterior, cuando Júpiter lo lanzó por los suelos con aquella tai otoshi.

A la salida del barrio, el Cadillac giró a la izquierda y se metió por unas polvorientas callejuelas, detrás de la autovía. Condujo entre almacenes de material de construcción, tiendas de repuestos de automóvil, depósitos y otros edificios comerciales. Pete lo seguía manteniéndose distante por temor a ser descubiertos a causa del escaso número de vehículos que pasaban por aquellas calles estrechas.

De pronto, delante de ellos, el Cadillac giró a la derecha. Pete llegó a la esquina, justo a tiempo de ver al otro coche que se detenía delante de un edificio de tres pisos de ladrillo rojo. Se hallaban junto a la autovía y muy próximos a un sector de edificios de mejor calidad para oficinas.

—Será mejor que aparcemos —propuso Júpiter—. Nos acercaremos a pie.

Pete acabó de dar la vuelta a la esquina y se metió en una plaza de aparcamiento. Oyeron que sonaba la bocina del Cadillac. Fueron unos bocinazos muy extraños; uno largo, dos cortos, uno largo y otro corto. Vieron como se abrían unas puertas y como el vehículo entraba en un garaje.

Los chicos se acercaron disimuladamente. El edificio era el último de toda una serie en hilera. El piso al nivel de la calle no tenía ventanas y las de los dos pisos superiores habían sido pintadas con una pintura opaca. El garaje tenía una doble puerta por donde había desaparecido el Cadillac, y otra lateral más pequeña.

En un cartel encima de estas puertas se leía: GARAGE AUTOVÍA, REPUESTOS, PINTURA, SERVICIO COMPLETO. Debajo, otro más pequeño decía: «Estacionamiento por semanas, meses o un año».

Pete y Júpiter circundaron el edificio. Detrás había otra hilera de casas, también de ladrillo rojo, adosadas a las anteriores. La que correspondía a la parte posterior del garaje parecía ser un edificio de tres plantas enteramente dedicado a pequeñas oficinas con una sola entrada principal. El garaje no tenía ninguna otra entrada. Las ventanas laterales también estaban pintadas de un color oscuro.

—Bien —comentó Pete—, al menos Torres tampoco puede vernos.

—Ni nosotros a él. Tendremos que entrar.

Pete vaciló.

—No sé, Jupe... No sabemos lo que hay dentro. Podríamos meternos en un lío gordo.

—¿Tienes alguna idea mejor para saber lo que hay en el interior?

Pete se encogió de hombros.

—No, pero no me gusta.

—Tomaremos todas las precauciones posibles —aseguró Júpiter, mientras volvían hacia la puerta del garaje—. Tú entras primero y echas un vistazo.

—Estupendo... —dijo Pete con retintín.

—No podemos entrar los dos juntos —explicó Júpiter—. Torres me reconocería inmediatamente, en cambio a ti, no.

Pete gruñó:

—¿Cómo es que la lógica siempre dice que soy yo quien va primero a todas partes?

—Oh, no sé... —dijo Jupe en tono de inocencia—. Vamos a hacer una cosa: tú entras primero; yo entraré detrás tuyo y escudriñaremos dentro con mucho cuidado antes de meter un pie más allá de la puerta. ¿De acuerdo?

—Me parece mucho mejor —asintió Pete—. Vamos.

Hizo una fuerte inspiración, empujó la puerta y, saltando sobre el alto escalón, se aplastó contra la pared a la derecha de la entrada. Júpiter entró de inmediato e hizo lo mismo, pero a la izquierda. Estaban a oscuras. Reinaba un profundo silencio.

CAPÍTULO 8

Desaparición

Lentamente, sus ojos se habituaron a la oscuridad.

Estaban en una planta inmensa sostenida por gruesos pilares, debajo de los cuales se alineaban, correctamente colocados, una serie de coches. Unas luces colgadas del techo alumbraban débilmente el lugar. A la derecha, una rampa ancha subía hacia el segundo piso. Contra la pared del fondo había un montacargas rodeado por una reja metálica, menos en la parte delantera donde había unas puertas de rejilla de madera.

Al fondo, a la derecha cerca de la rampa, había varias puertas. A la izquierda se veían otras con la mitad superior de vidrio, que parecían dar acceso a diversas oficinas. A través de ellas no brillaba ninguna luz. Tampoco había rastro de Torres ni de nadie.

El lugar parecía desierto.

—¿Crees que todos son robados? —cuchicheó Pete mirando las hileras de coches. Júpiter movió la cabeza.

—Parece un garaje completamente normal. Fíjate, los pilares y las paredes están numerados.

—Entonces, ¿dónde está el vigilante? ¿Y la instalación de servicio y la tienda de repuestos?

—Buena pregunta.

En la penumbra, en medio de las hileras fantasmales de vehículos, guardaron silencio escuchando atentamente. Al cabo de unos instantes, oyeron unos leves sonidos que venían de alguna parte de arriba.

—Se oye muy mal —opinó Pete.

—Es un edificio antiguo —replicó Júpiter—. Las paredes y los suelos son gruesos y absorben los ruidos. Pero está claro que arriba hay alguien.

—Si hemos de subir —terció Pete—, espero que el único acceso no sea el montacargas o la rampa.

—Ha de haber unas escaleras. Probemos esa puerta al pie de la rampa, aunque no indique nada.

Se dirigieron hacia la puerta. Pete la empujó con precauciones y aparecieron unas escaleras polvorientas. A la luz mortecina, los sonidos que procedían de arriba hacían eco en la escalera, oyéndose con mayor claridad. Pero no percibieron voces ni ruido de nadie que bajara. Cautelosamente empezaron la ascensión de los peldaños de metal hacia la segunda planta. Jupe abrió la puerta que daba al descansillo y ambos se asomaron.

Allí, el espacio cavernoso entre los pilares estaba mucho mejor alumbrado. La

isla contenía varios coches en diversas fases de reparación. La mayoría parecían esqueletos abandonados. Tres tenían enchufados unos instrumentos electrónicos para analizar la compresión de los cilindros, la inyección del combustible, la batería y otras funciones eléctricas. Las luces de los instrumentos centelleaban intermitentemente, pero no había nadie a la vista.

—Los mecánicos deben haberse marchado a toda prisa —comentó Pete—. Han dejado los aparatos funcionando.

—Pero no han bajado. Nadie se ha cruzado con nosotros.

—Entonces, ¿dónde han ido? —se preguntó Pete—. ¿Y dónde están Torres y el Cadillac naranja?

—A lo mejor en la tercera planta.

Continuaron subiendo en silencio los escalones metálicos.

Aquella vez el amplio lugar gozaba de una iluminación mucho mejor. Los vehículos llenaban desordenadamente el espacio entre los pilares, pero aunque eran más numerosos que en el segundo piso, estaban muy lejos de alcanzar el número del primero. Parecía que, en aquella planta, se dedicaban a reparar la plancha y a pintarlos.

¡Pero tampoco se veía a nadie!

Pulidores de arena, separadores y otros instrumentos de reparar plancha yacían en el suelo enchufados a tomas de electricidad. Los fosos de pintura estaban ocupados por vehículos y los compresores estaban en funcionamiento. Se oía el ronroneo de los sopletes. Pero no había nadie trabajando. Y ningún rastro de Torres ni del Cadillac naranja.

—¡Esto es cosa de fantasmas! —exclamó Júpiter.

—Mi padre dice que en un garaje sólo trabajan cuando el cliente está delante —apuntó Pete.

—Es posible que tu padre tenga razón, pero hace muy poco que aquí había alguien trabajando —replicó Júpiter—. Se han esfumado, igual que Torres. Será mejor que intentemos averiguar dónde han ido.

—¿Quieres decir fuera de aquí?

—Aquí no hay nadie.

—¿Y si vuelven?

—Tendremos que correr el riesgo —insistió Júpiter—. Torres y el Cadillac han de estar en alguna parte de este edificio.

Júpiter encabezó la búsqueda por el amplio recinto. Inspeccionaron los coches, a la vez que se escondían detrás de ellos, como protección por si alguien entraba de improviso. Pero no entró nadie, y pudieron recorrerlo todo y volver a las escaleras sin contratiempos. No vieron ninguna otra puerta ni ninguna otra escalera. El montacargas estaba detenido en aquel piso, pero no había sido usado desde que habían entrado en el edificio. Ni tampoco la rampa.

—No ha entrado ningún otro coche —dijo Pete—. Seguramente hemos pasado

por alto el Cadillac en las plantas inferiores.

Júpiter lo dudaba:

—Me parece que no. Pero podemos bajar e inspeccionar de nuevo.

De puntillas, bajaron a la segunda planta. No vieron el Cadillac naranja en parte alguna, pero ¡había un mecánico trabajando!

—¿Por dónde habrá entrado? —susurró Pete.

—No lo sé —respondió Júpiter con otro susurro—. Pero esta planta no la hemos revisado, ¿recuerdas? Tenemos que inspeccionarla.

—¿Inspeccionar esta planta? ¡Pero si hay un hombre trabajando! —exclamó Pete.

—Hemos de asegurarnos de que el Cadillac no está aquí.

Júpiter y Pete salieron de la escalera con suma precaución y avanzaron cautelosamente, amparados por la oscuridad del lugar y deslizándose por detrás de los coches. El mecánico podía descubrirlos en cualquier momento, pero tenía un ruidoso aparato en marcha que sofocaba cualquier sonido que ellos pudieran hacer. Asimismo parecía muy ensimismado en su trabajo, como si éste le corriera mucha prisa. Ni siquiera levantó la vista mientras los dos investigadores andaban deslizándose de vehículo en vehículo.

No hallaron ni rastro del Cadillac naranja.

—Debemos haberlo pasado por alto en el primer piso —dijo Pete cuando por fin llegaron al refugio de la escalera.

—A menos... —dijo Júpiter interrumpiéndose con los ojos brillantes de excitación—... Vamos. Echemos otro vistazo a la primera planta.

En su excitación, Júpiter bajó las escaleras demasiado de prisa. Resbaló cerca del final y bajó de golpe los últimos tres peldaños en medio de un sonoro ruido metálico.

Quedaron helados de espanto. Contuvieron la respiración y escucharon.

Pasaron uno, dos, tres minutos.

Júpiter se levantó con muchas precauciones.

En la planta inferior reinaba el silencio, roto sólo levemente por los sonidos del aparato del mecánico de arriba.

—¡Uf! —exclamó Pete—. ¡Escapamos por poco!

Ligeramente pálido, Júpiter asintió. De nuevo guió la búsqueda por la oscura planta inferior. Detrás de las puertas de las oficinas, al otro lado del resonante espacio, seguía reinando la oscuridad.

Y no había ningún Cadillac naranja.

Buscaron por toda la planta, mirando cuidadosamente cada vehículo.

—Reconócelo, Jupe —dijo Pete—. El coche no está aquí.

—No —asintió Júpiter. En un tono vehemente añadió—, pero creo que ya sé...

Un estruendo repentino, rechinante, llenó el espacio. Asustados, miraron desesperados en torno suyo buscando la causa del ruido.

Pronto lo vieron. El montacargas descendía impulsado por pistones hidráulicos. ¡La plataforma estaba bajando!

—¡Eh! ¿Qué estáis haciendo aquí?

Un hombre de pelo oscuro se asomaba de un Buick negro colocado en el elevador. Apuntaba a Júpiter que se hallaba directamente bajo las luces. Joe Torres sacaba la cabeza por la ventanilla del lado contrario al conductor.

—¡Es el muchacho gordo de la tienda, Max!

—¡Tú, chico! ¡Detente!

De un brinco, Júpiter se había apartado de la luz y se había acurrucado en las sombras, al lado de Pete. Rápidamente, ambos se ocultaron detrás de una camioneta. Las puertas del montacargas se abrieron y el Buick salió disparado por los estrechos pasillos y entre hileras y más hileras de coches, hacia la puerta para cortarles la salida. Al llegar, frenó en seco. Torres saltó fuera seguido por el conductor, un hombre cuadrado y musculoso con aspecto de oso.

—¡Torres estaba ahí todo el tiempo! —murmuró Pete.

—Ya hablaremos de eso más tarde —replicó Júpiter en voz baja—. Ahora hay que salir de aquí.

—No parecen difíciles de neutralizar —dijo Pete—. Ya demostraste que puedes con Torres gracias a tu judo y yo puedo encargarme del bajito con mi kárate.



Parados ante la puerta, los dos hombres escudriñaban en la oscuridad.
—No tienes escape, chico —gritó el tipo musculoso.
—Vigílalo, Max —dijo Torres—. Ese muchacho es muy bueno en eso del judo.
Max extrajo de su cinturón una pistola de aspecto siniestro.

—Con esto no hay judo que valga.

Atisbando por una esquina de la camioneta, los chicos vieron el arma en la mano del hombre.

Pete tragó saliva con dificultad.

—Ahora sí que resultarán difíciles de neutralizar.

—No saben que tú estás aquí —susurró Júpiter—. Esto nos da ventaja. Intentaré conducirlos más allá de donde te escondes. Atizas al del arma con un golpe de kárate y después los dos damos cuenta del otro antes de que ni siquiera sepa lo que le pasa.

Júpiter se puso en pie con toda calma y se colocó debajo de una de las débiles luces. Los hombres tardaron unos instantes en verlo. Torres soltó un grito:

—¡Ahí está! ¡Quédate quieto, chico, si sabes lo que te conviene!

Júpiter se deslizó apresurado entre los coches alejándose de la puerta, como si quisiera huir hacia la rampa. Los dos hombres cayeron en la trampa.

—¡Córtale el camino, Joe! —gritó Max—. Yo voy por este lado —dejó la puerta, corriendo hacia la izquierda de Júpiter.

Por la derecha, Torres echó a correr para cortar el camino por delante, mientras el hombre musculoso y armado se movía para acorralarlo por el otro lado. Júpiter, rápidamente, cambió de dirección y se encaminó hacia las oficinas del otro extremo. Torres tuvo que trazar un círculo entre los coches para atraparlo, mientras el segundo hombre también trazaba un ángulo con el mismo propósito.

Júpiter, ya tenía a los dos hombres moviéndose hacia el lugar donde Pete aguardaba agachado, a punto de atacar.

Júpiter, zigzagueó acercando cada vez más a los perseguidores hacia Pete, actuando como si se sintiera acorralado, atrapado por la destreza de Max y Torres.

Pasó por delante de Pete. Los dos perseguidores se acercaron con la atención puesta en el «atrapado» Júpiter. Este zigzagueó de nuevo para, que el hombre del arma se acercara aún más a Pete, y fingió sorpresa al verlo casi encima suyo.

—Muy bien, gordo —dijo Max apuntándole con la pistola—, quieto ahí.

Pete saltó con el pie derecho extendido y pegó un feroz yoko qeri kekomi que hizo volar la pistola hacia las sombras del garaje, e instantáneamente le aplicó un contundente shuto uchi en el cuello de Max con el revés de la mano. El golpe en la carótida derribó al hombre, que cayó como un saco.

Torres dio la vuelta a un coche para atacar a Pete. Pero vio a Júpiter que se lanzaba contra él y se preparó para hacer frente al enemigo que ya en otra ocasión le había hecho morder el polvo.

Cierta vacilación le dio oportunidad a Pete de dejar inconsciente a Torres con un seco mawahi qeri, una patada en la espalda.

—¡Salgamos de aquí! —gritó.

Y ambos muchachos volaron hacia la puerta.

CAPÍTULO 9

¡Sueltan a Ty!

Segundos más tarde estaban en el coche de Pete. Júpiter miró hacia atrás mientras su amigo conducía.

Torres y el hombre corpulento estaban de pie delante del garaje mirando airados e impotentes como el Fiero se alejaba. Inmediatamente después entraron en el interior del edificio, con prisas.

—Tu sensei de kárate no te aprobaría —comentó Júpiter—. Han recuperado el conocimiento demasiado pronto. Ahora nos perseguirán con el Buick.

—¡Si no soy cinturón negro todavía! —protestó Pete mientras conducía el Fiero lanzado hacia la autovía—. ¿Cuál era esa gran idea que se te ha ocurrido allá dentro?

—Ahora es más que una idea —replicó Júpiter—. ¿Te has fijado que Torres iba como pasajero en el coche del tipo ese, Max?

—Sí. ¿Y qué?

Pete se metió en la autovía y ambos se sintieron más aliviados. Nadie había podido seguirlos a tiempo de ver qué dirección habían tomado.

—¡Mi idea es que el Cadillac naranja ha de ser un coche robado! —explicó Júpiter—. Se lo entregaron a Torres, el cual lo ha traído al garaje. Esto significa que Max le llevaba de vuelta a la tienda. ¡Claro, eso es lo que hacía!

—En ese caso, ¿dónde está ahora el Cadillac?

—La respuesta es que se halla en alguna parte del garaje —respondió Júpiter.

—Tonterías. Hemos examinado las tres plantas. No había ninguna puerta lo suficiente grande para que pasara el Cadillac y se esfumara.

—Ten presente que Torres estaba dentro del garaje y no lo hemos visto.

—Puede haber estado escondido en algún despacho, ¡pero allí no cabe un Cadillac!

—Quizá, pero estoy convencido que está en el garaje, escondido. La cuestión es: ¿dónde?

Ambos reflexionaron sobre la desaparición del Cadillac. Mientras, Pete tomaba la calle en la que se encontraba la chatarrería de los Jones.

Así que entraron en el almacén, tía Matilda salió corriendo de la oficina a recibirlos.

—¡Finalmente el juez ha fijado la fianza de Ty! Llevadme al tribunal.

Júpiter se encogió tanto como pudo en el pequeño asiento posterior del Fiero para cederle el delantero a su tía. Pete condujo con la mayor prudencia, y consiguió llegar al tribunal poco después de las cuatro. En el vestíbulo, tía Matilda presentó a los chicos a un hombre más bien alto, de rostro serio, que les estaba esperando.

—Mi abogado Steve Gilbar. Steve, éstos son mi sobrino Júpiter y su amigo Pete Crenshaw. Ambos están intentando demostrar la inocencia de Ty.

Steve Gilbar estrechó sus manos y les saludó.

—Necesitamos toda la ayuda posible. La policía está convencida de que Ty forma parte de una banda de ladrones de coches que han estado operando al norte y sur de toda la costa, entre Santa Mónica y Ventura. Han persuadido al juez para que dicte una fianza inusualmente elevada —se dirigió a tía Matilda—: ¿Ha traído los papeles?

Ella asintió.

—¿Cuánto es la fianza, Steve?

—Setenta y cinco mil dólares. Un verdadero abuso. He protestado, pero el fiscal ha insistido mucho en la supuesta culpabilidad de Ty. Están convencidos de que existe una inteligente red de desguace fraudulenta y Ty es el primer sospechoso.

—¿Desguace fraudulento? —exclamó Júpiter.

—¿Qué diablos quiere decir eso? —preguntó tía Matilda.

—En lugar de vender los coches robados, los ladrones los desmontan y venden aquellas piezas que no están marcadas con el número de serie —explicó Júpiter.

—Las limpian y pulen, y las ponen en cajas precintadas como si fueran nuevas —continuó Pete—. Y las venden a los comerciantes de las tiendas de repuestos.

—¿Y los comerciantes no saben que esos repuestos son robados? —preguntó tía Matilda.

—La mayoría lo saben —explicó Steve Gilbar—, pero los precios son tan ventajosos que no hacen preguntas.

—Las piezas que llevan el número de serie —añadió Pete—, como por ejemplo el motor, los delincuentes las sacan del país y las venden fuera.

—Y ganan más dinero vendiendo las piezas sueltas que con el coche entero —acabó Júpiter.

Tía Matilda sacudió la cabeza.

—Me parece que va a ser difícil acabar con eso. Quiero decir que, una vez se ha desguazado un coche, es difícil seguirle el rastro.

—Tiene razón —replicó Steve Gilbar—. Por eso la policía cree que Ty es un eslabón importante de la cadena. La mejor manera de acabar con el delito es detener a quienes roban los coches. —Miró el reloj—. Es la hora, Matilda. ¿Tiene los cheques y las garantías?

Ella asintió.

—¿Sabe que si Ty huye usted perderá todo ese dinero?

—Lo sé, Steve.

—Entonces, vámonos. Júpiter, Pete, esperad aquí.

Solos en el vestíbulo del tribunal, Júpiter se dirigió a Pete con los ojos brillantes, excitadísimo.

—¡Una red de desguace fraudulenta! —exclamó—. ¡Coches robados por toda la costa! Me apuesto lo que quieras a que aprovechan las representaciones que dan

Tiburón y los Pirañas como tapadera.

—No tenemos ninguna prueba, Jupe —arguyó Pete—. Lo único que tenemos es el nombre de Tiburón, y a un Torres que miente y que va a un garaje. Eso es todo, lo demás es pura especulación.

—Y también tenemos un coche robado que alguien dio a Ty, además la conexión de Torres con Tiburón en el Taco Bell y la desaparición del Cadillac.

—No sé, Jupe...

—Y —añadió Júpiter—, ahora tenemos a Ty.

Tía Matilda, Steve Gilbar y Ty se acercaban por el amplio corredor hacia el vestíbulo. Ty estaba pálido y tenía el aspecto de cansado, pero sonreía mientras caminaba balanceándose dentro de sus botas del oeste y vestido con sus astrosos tejanos.

—¿Estás bien, Ty? —preguntó Pete.

—Contento de que me hayan soltado —replicó Ty riendo el chiste—. ¿Cómo está el Corvair?

—No he tenido mucho tiempo para dedicarle.

—Hemos estado muy ocupados investigando esa banda de ladrones de coches —explicó Júpiter.

—¿Banda? —repitió Ty—. ¿Te refieres a que hay un robo organizado de coches por aquí?

Steve Gilbar asintió con un movimiento de cabeza.

—La policía lo cree.

—Ah, por eso no querían que se fijara una fianza —dijo Ty—. Eso es como un alijo de drogas, chicos. No se puede bromear con estos asuntos. ¿Qué habéis descubierto?

—Más tarde pueden hablar de ello —intervino Gilbar—. Ahora, Ty, sepas que la semana que viene tendrás la vista del juicio. O bien se te acusará formalmente o te exculparán. Mientras tanto, no puedes salir del Estado y mucho menos del país. ¿Comprendido?

Ambos, Ty y tía Matilda, asintieron.

—En ese caso, nos veremos dentro de tres días.

Después que Gilbar se fuera, los demás se dirigieron al Fiero de Pete. Tía Matilda se sentó delante, por lo que Ty y Júpiter estaban bastante apretados en el asiento de atrás.

—Tendríamos otro coche —protestó Júpiter—, si Pete se molestara en acompañarme a elegir uno.

Ty sonrió.

—Yo te ayudaré, Júpiter. Ahora contadme lo que habéis descubierto hasta ahora y lo que habéis hecho para probar que soy un idiota pero no un delincuente.

Alternativamente, Júpiter y Pete le explicaron todo lo que habían descubierto y lo que suponían. Ty les escuchaba atentamente, pero sus ojos estaban clavados en el

espejo retrovisor sobre la cabeza de Pete.

—Pienso que aprovechan el espectáculo de Tiburón y los Pirañas como tapadera para sus robos de coches —acabó Júpiter. Sacó una brillante fotografía del bolsillo—. Ésta es una foto de Tiburón que me llevé de La Cabaña. ¿Es éste el tipo que te dio el Mercedes para que lo trajeras a Rocky Beach?

Ty estudió la fotografía.

—Creo que sí, Jupe, pero no estoy muy seguro. ¿Sabes? Aquella noche llevaba algunas cervezas de más, y el local estaba oscuro y lleno de humo, y todos teníamos los ojos fijos en el conjunto que tocaba. No me lo miré muy de cerca, la verdad. Pero juraría que se trata del mismo tipo que me enredó.

—¿No tocaba él?

—No.

—¿En qué club estabas? —preguntó Júpiter.

—Algo azul... ¡Ah, sí! ¡Las Luces Azules!

—¿No Los Diablos? —volvió a preguntar Júpiter.

—Tiburón está lo suficientemente loco como para contratar a un tipo en el mismo lugar donde toca —declaró Pete.

—Estaría más seguro si lo viera y lo oyera hablar —dijo Ty mirando la foto.

—Esto se puede arreglar —dijo Júpiter—. Esta noche nos reuniremos en el cuartel general y trazaremos un plan.

Ty continuaba mirando atentamente por el espejo retrovisor.

—Tenemos a alguien pegado a nuestros talones, chicos. Desde que hemos salido del tribunal. Probablemente sea la poli que quiere vigilarme, pero también podrían ser los ladrones.

Tres coches venían detrás de ellos. Un Nissan rojo y un Porsche y, en medio de los dos, un sedán negro americano.

—¿Es un Buick? —preguntó rápidamente Júpiter.

—No estoy seguro —replicó Ty—. Pero me parece que es alguna de las marcas de la General Motors o algo parecido.

Pete y Júpiter le contaron lo ocurrido con el Buick negro y el hombre armado. Ty observó el retrovisor.

—Podría ser, pero también podrían ser de la brigada antirrobo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Pete.

—Observaremos a ver qué hacen —propuso Ty.

Llegaron al Patio Salvaje, Ty y tía Matilda entraron, mientras Pete y Júpiter cruzaban el recinto. Pete espía por la mirilla de la puerta y miró atentamente el coche negro que pasaba. No era un Buick.

—Es un Oldsmobile —dijo—. Acaba de doblar la esquina.

—Vamos a espialo —propuso Júpiter.

Corrieron por el patio y treparon sobre unas cajas para poder observar por encima de la valla. El coche negro estaba parado prácticamente delante de ellos.

Mientras miraban con precaución por encima de la valla, el coche arrancó.

—¿Crees que nos ha visto?

—Creo que sí —asintió Júpiter.

Volvieron al cuartel general y llamaron a Ty para explicarle lo ocurrido.

—Probablemente es la policía —dijo Ty—. Esperaremos hasta mañana para dar el próximo paso.

Ty se acomodó en la habitación de invitados, Pete trabajó en el Corvair hasta el anochecer y Júpiter trasteó con unos diminutos transmisores en su taller.

Vieron el coche negro dos veces más. La primera pasó lentamente por delante del almacén, y la segunda, estaba parado, oculto tras la valla.

CAPÍTULO 10

El complot

Ty estaba de pie ante la ventana del cuartel general, como si así pudiera ver la calle a través de la valla que rodeaba el patio. Era ya la mañana siguiente y estaba preocupado por el coche negro.

—Están fuera. Los presiento —dijo.

—¿A quiénes? —preguntó Pete—. ¿A la policía o a los ladrones?

—Podrían ser ambos —respondió Júpiter desde la mesa del despacho.

—Júpiter tiene razón —asintió Ty—. La cuestión es: ¿a quién siguen? Si es a vosotros... probablemente se trate de los tipos de los que sospecháis. Si es a mí... es la policía, seguro.

Júpiter asintió.

—Torres y Tiburón no sabían si te iban a soltar ni cuándo. Pero me parece que tampoco querrán perderte de vista por si acaso puedes reconocer a Tiburón.

—Dividámonos y veamos a quien sigue el coche negro —sugirió Pete.

Júpiter asintió nuevamente.

—Yo quiero llevar a cabo unas investigaciones y alguien debería vigilar el garaje para ver si Tiburón o los Pirañas se asoman por allá. Es probable que Bob también trabaje hoy. Pete podría encargarse de la vigilancia del garaje mientras Ty y yo tomamos uno de los camiones pequeños y nos vamos a investigar.

—Y podemos comprarte un coche —añadió Ty.

Júpiter asintió afanoso.

—Pete, si te siguen, no te acerques al garaje hasta que los pierdas de vista.

Fueron a pedir permiso a tío Titus para llevarse uno de los vehículos del Patio Salvaje. Júpiter y Ty montaron en uno mientras Pete se iba en su viejo Fiero. Júpiter se encogió en el asiento de manera que sólo Ty fuera visible desde fuera. Ambos vehículos salieron de la chatarrería en direcciones distintas. Si el coche negro vigilaba tendría que elegir a cuál seguir.

Ty dobló la esquina, aceleró hasta la próxima, dio la vuelta en U y volvió por la misma dirección por la que había venido. ¡El Oldsmobile negro venía hacia ellos! Precipitadamente se detuvo a un lado de la calzada fingiendo que no los seguía, pero la maniobra no engañó a Ty.

—De modo que me vigilan a mí —comentó—. Esto significa que son polis. Deben haber estado escondidos cerca del almacén. Siéntate bien Jupe. Vamos a comprar tu coche. Van a quedarse muy intrigados al ver que un probable ladrón de coches va a comprar uno usado...

Ty peregrinó de tienda en tienda y de centro de ventas de coches usados en

centro, buscando un vehículo que costara más o menos la cantidad que Júpiter tenía para gastar. Finalmente, en un lugar cercano al puerto, Ty vio un Honda Civic con diez años de antigüedad.

El propietario del pequeño cascarón necesitaba dinero y estaba pidiendo por él precisamente quinientos dólares. Afirmaba que se le había rectificado el motor y que tenía menos de treinta mil kilómetros. Ty lo examinó, fue a dar una vuelta con Júpiter y comprobó que el motor estaba recién ajustado; se trataba ciertamente de una ganga.

Júpiter firmó el trato. Podría recoger el coche al día siguiente, después de arreglar todos los papeles y de terminar unas pequeñas reparaciones que Ty exigía. El propietario prometió colocar la manecilla que faltaba en una ventanilla y la bombilla de la luz interior que no funcionaba. Júpiter estaba tan emocionado que casi no podía ni hablar. Fascinado, acariciaba el pequeño vehículo azul y blanco.

—Es mío. ¿Puedo llevármelo ahora?

Ty se echó a reír.

—Deja que te lo acaben de arreglar. Podemos seguir la investigación en camioneta. ¿A dónde vamos ahora, Jupe?

Júpiter sonrió.

—A la Comisaría de Policía.

Pete se dirigió al garaje dando un rodeo. No vio rastro del Oldsmobile negro. Para estar más seguro, estacionó su propio vehículo en un espacio detrás de un almacén de madera, dos manzanas más allá. Caminó hasta el garaje y se ocultó detrás de una valla que rodeaba un solar del otro lado de la calle.

Pasaron las horas. Los coches entraban y salían para ser reparados o simplemente en busca de un lugar para estacionar. Se paraban en la puerta del garaje y daban dos bocinazos, y las puertas se abrían. El empleado de la entrada era Max, el hombre con apariencia de oso. Pete intentó adivinar si alguno de los coches podía ser robado. Algunos de los conductores que salían inmediatamente, como si solamente hubieran dejado el vehículo estacionado, no tenían aspecto de hombres de negocios, pero Pete tampoco tenía un motivo válido para suponer que los vehículos que conducían fueran robados. Hasta que vio un BMW gris.

El conductor miró con muchas precauciones arriba y abajo de la calle antes de decidirse a dar los bocinazos, uno largo, dos cortos, uno largo y uno corto. Las puertas se abrieron y el BMW entró.

¡El conductor era Joe Torres!

Pete abandonó su puesto de vigilancia y corrió hacia el Fiero. Condujo hasta las proximidades del garaje y paró en un lugar desde el cual podía vigilar la puerta disimuladamente.

Diez minutos más tarde apareció el Buick negro que salía del garaje con dos hombres en su interior. Pasaron por delante de Pete sin verlo. El hombre sentado al

lado del conductor era Torres. ¡Justo lo que esperaba!

Pete arrancó y salió en pos del Buick.

Ty se moría de risa mientras estacionaba detrás de la Comisaría de Rocky Beach.

—¡Los polis no deben saber qué pensar!

—¡Mira! —dijo Júpiter.

El Oldsmobile negro pasaba como si sus conductores vacilaran chasqueados.

—¿Y qué es lo que vamos a hacer aquí? —quiso saber Ty mientras entraban en la sede de la policía.

—Si Tiburón y los Pirañas son la tapadera de estos robos, ha de haber un buen montón de informes acerca de coches desaparecidos precisamente en los lugares en los que ellos han actuado.

—Lógico —asintió Ty—. Pero ¿cómo conseguiremos los informes?

Júpiter sonrió.

—Mira lo que hago.

Preguntó por el sargento Cota y se dirigieron por un largo corredor a la sala de ordenadores. Un oficial moreno, bajito, se sentaba ante la consola.

—¡Júpiter! Entra.

El sargento Cota y Júpiter eran almas gemelas en su afición por los ordenadores. A menudo, Júpiter se dejaba caer por la Comisaría sólo para charlar de nuevos programas con el sargento.

Después de admirar la nueva impresora a láser de Cota, Júpiter le dijo:

—Éste es mi primo Ty. Es del Este. Nos ayuda en un caso.

El sargento Cota miró unos instantes a Ty y a continuación sonrió.

—Mucho gusto. ¿Qué puedo hacer por ti, Jupe?

—Estoy elaborando un informe sobre robos de coches —explicó Júpiter—. Necesito un resumen de todos los vehículos robados desde Santa Mónica a Ventura durante el mes pasado.

—No hay problema.

El sargento tecleó en el ordenador para dar la orden y al cabo de unos instantes, la impresora empezó a sacar páginas escritas. ¡Estuvo imprimiendo por lo menos durante tres minutos!

—¿Tantos coches han robado? —preguntó Ty. El sargento Cota asintió.

—Creemos que está operando una nueva banda, aunque los robos de coches son un hecho usual. Estamos en un país automovilístico.

Y entregó a Júpiter las hojas impresas.

—Gracias, sargento.

—De nada, hombre.

Una vez fuera, subieron a la camioneta. No había señales del Oldsmobile, pero así que empezaron el recorrido apareció detrás de ellos.

—No saben que los hemos descubierto —comentó Ty—. Dejaremos que se crean seguros hasta que necesitemos perderlos de vista.

Y dirigió la camioneta hacia el almacén del tío Titus.

El Buick negro no llevó a Torres a la tienda, sino a un edificio viejo y ruinoso cercano al centro comercial de la ciudad. Se apeó frente al edificio Torres y el Buick se fue.

Pete dejó su coche en la calle y siguió a Torres al interior del edificio. No había ascensor. Sólo una luz muy débil se filtraba por la claraboya iluminando tenuemente la escalera. Torres subió hasta el tercer piso. Una serie de puertas en mal estado, con la mitad superior de vidrio, se alineaban en el pasillo. Torres abrió la última de la derecha y entró.

El letrero de la puerta rezaba: JAKE HATCH. AGENTE Y CONTRATISTA.

Pete corrió hacia el Fiero y se dirigió al Patio Salvaje.

Vigiló en busca del Oldsmobile, pero no lo vio.

—¡Jupe! —gritó mientras saltaba del Fiero y corría hacia el taller. Dentro, Júpiter y Ty estaban estudiando una hoja impresa—. ¡Torres ha entrado en el garaje con otro coche! Le he seguido y...

Jupe giró en redondo eufórico.

—¡Pete! ¡Tengo un coche! Una preciosidad, ¿verdad, Ty? Le han hecho motor y...

—Súper, Jupe, pero escucha...

—... sólo es un Honda Civic. Esperaba tener uno un poco más grande, pero con éste ya tenemos tres...

—¡Torres ha ido al despacho de Jake Hatch!

—... blanco con una gran cinta azul pintada. Lo tendré mañana... —Júpiter se interrumpió—. ¿Qué? ¿Qué Torres fue a dónde?

—¡Al despacho de Jake Hatch!

—¿Quién es Jake Hatch? —preguntó Ty.

Ambos se lo explicaron.

—¡Ah! Ya empezáis a atar cabos.

—¿Qué hacemos ahora, Jupe? —preguntó Pete—. ¿Seguimos a Hatch?

—Quizá más tarde. Primero hemos de seguir comprobando esta lista con los lugares donde Tiburón y los Pirañas han actuado este mes.

—¿Y cómo lo vamos a conseguir? —preguntó Pete.

—Eso es fácil —dijo la voz de Bob tras ellos.

Habían estado tan absortos hablando que ni siquiera se habían dado cuenta de que Bob había entrado en el taller.

—Dinos que es eso «tan fácil» —quiso saber Pete.

—Nos deslizamos en el despacho de Hatch y miramos su horario del mes —

sonrió Bob.

—Y si nos atrapa —previno Júpiter—, nuestras probabilidades de ayudar a Ty se habrán reducido a cero.

—Llamaré a Gracie y me enteraré de donde estará Jake esta noche. Siempre vigila a sus representados, igual que Sax. Sabremos dónde estará y el tiempo de que disponemos. Me llevaré a Gracie a comer una *pizza*, o algo por el estilo, y dejaré la puerta sin cerrar, de manera que tú y Pete podáis entrar fácilmente.

Pete enrojeció.

—Lo siento, chicos, pero esta noche llevo a Kelly al cine.

—Yo iré con Jupe —se ofreció Ty.

—¿Y la policía?

—¿La policía? —repitió Bob.

Júpiter le explicó lo del Oldsmobile negro.

—Tenemos que deshacernos de ellos —declaró Ty—. Descubrirán que sabemos que nos siguen, pero creo que ya es hora de despistarlos.

Bob entró en el cuartel general para llamar a Gracie Salieri.

Júpiter y Ty estaban sentados en la camioneta delante del edificio ruinoso cerca del centro comercial. Bob había concertado su cita con Gracie Salieri. Ty y Júpiter habían dejado a los ocupantes del Oldsmobile buscándoles muy afanosos por las callejuelas cercanas al puerto. Jake Hatch estaba ocupado en la costa, en Port Hueneme, observando una banda punk, y no volvería antes de las diez de la noche. Júpiter y Ty podían trabajar tranquilos en cuanto Bob saliera del edificio con Gracie.

—Ya están ahí —dijo Júpiter.

Bob salía con Gracie colgada de su brazo. Ella reía como si fuera todo un chiste salir con alguien de la edad de Bob. Agarrada con ambas manos al brazo del muchacho, parecía muy divertida. Así que hubieron desaparecido en dirección al centro de la ciudad, Ty y Júpiter cruzaron la calle y entraron en el edificio. La mayoría de las ventanas estaban oscuras pero en los corredores y la escalera había luz.

En el tercer piso encontraron la oficina de Hatch con la cerradura Yale abierta. Las hojas con los programas de actuación de los diferentes conjuntos estaban clavadas en la pared. Júpiter empezó a leer en voz alta las fechas y los lugares donde deberían actuar el Tiburón y los Pirañas. Ty lo cotejaba con la lista de la policía.

Júpiter se detuvo y Ty alzó la vista para observarlo.

—Hay coches robados en casi cada una de las localidades; y en las mismas fechas en que Tiburón y los Pirañas han actuado. Estoy convencido de que hay una relación, Jupe.

—¿Pero la policía estará convencida también?

—No lo creo —negó Ty.

—Ni yo. Pienso que tendremos que cazarlos con las manos en la masa. Me gustaría comprobar una cosa más. Voy a leerte la actuación de algún otro conjunto de Jake. Comprueba si también coinciden los robos con las fechas y los lugares.

Ty así lo hizo. Lo comprobó y los resultados fueron los mismos. Había habido robos de coches en casi todos los lugares en los que habían tocado conjuntos representados por Hatch.

—Hatch está metido en esto hasta el cuello —declaró Ty—. Es probable que sea el cerebro de todo.

—Pero seguimos sin poder probarlo.

—Muy bien. ¿Qué hacemos, pues?

Júpiter volvió a mirar las hojas con las actuaciones.

—Los Pirañas actúan esta noche en El Limonero. Está en Topanga Canyon, cerca de Malibú. Iremos. Quizá podamos solucionar el caso esta misma noche.

CAPÍTULO 11

Fracaso en la noche

Cuando Bob volvió al cuartel general después de su cita con Gracie, Ty y Júpiter ya le estaban esperando. Le contaron lo que habían descubierto.

—¿El Limonero? Si. Es uno de esos clubes de carretera que hay en las afueras de Topanga Canyon. Los Pirañas no encajan en ese lugar, y seguro que, con nuestra edad, no nos dejarán entrar.

—¿Y si vais conmigo tampoco? —propuso Ty.

—Quizá. Depende de lo estrictos que sean con las normas.

—Probaremos —decidió Júpiter.

Los tres se amontonaron en la cabina de la camioneta que enfiló hacia la autopista de la costa. En Topanga Canyon tomaron una carretera de tierra de dos direcciones que se adentraba en las montañas. El Limonero estaba a unos siete kilómetros de la autopista. Era una edificación de tipo rústico debajo de un roble enorme y de varios eucaliptus, pero no había ningún limonero a la vista que lo identificara con su nombre. Los coches estaban estacionados en un amplio espacio que había delante del edificio; la música de *rock* atronaba la noche.

El lugar estaba abarrotado. Nadie vigilaba la puerta.

Los chicos pudieron entrar y hallaron un rincón discreto lejos de la muchedumbre. Los clientes hablaban, reían y bebían, y nadie parecía prestar mucha atención a la actuación de Tiburón y los Pirañas. Tiburón se retorció con frenesí dentro de su traje blanco gritando:

«Para bailar la bamba... bamba...».

—¿Es él? —preguntó Júpiter señalando al cantante.

Ty estudió al vocalista del conjunto.

—Sigo sin estar seguro, chicos —tuvo que admitir—. Aquí, con tanto movimiento me parece diferente. Quiero decir, que es la clase de tipo con quien me tropecé, pero, la verdad, es que no soy muy bueno recordando caras.

—Quizá si te lo miras durante más tiempo... —sugirió Bob.

De manera que permanecieron contemplando la estridente actuación del larguirucho cantante y de los cuatro Pirañas. Las mismas cuatro chicas se sentaban a una mesa cercana a la pista. Unas cuantas parejas bailaban y se agitaban con unos pasos de baile al ritmo de la bamba, algo que los chicos no habían visto en su vida.

No les preocupaba la posibilidad de tener que pedir bebidas y que una camarera detectara su presencia. El caso es que no había camareras ni nadie que sirviera: Ty fue a la barra y pidió una cerveza y dos colas, sólo para que nadie se extrañara de que no tomaban nada.

Llegó un descanso y Ty seguía sin estar seguro de la identidad de Tiburón. Siguieron al grupo cuando los músicos salieron a respirar un poco junto al estacionamiento de coches.

—Estoy casi seguro, pero no podría jurarlo —declaró finalmente Ty.

Durante la última parte, el gentío no daba señales de querer dejar el local. Ni siquiera cuando Tiburón acabó la última canción con una floritura extra, al dejarse caer con las piernas completamente abiertas en el suelo y chorreando sudor a lo largo de su congestionada faz. Los investigadores no habían podido ver nada que lo relacionara con los coches robados.

—Es evidente que no actúan como ladrones de coches —comentó Ty.

—No se pueden escamotear coches desde una pista de baile —añadió Bob descorazonado.

—Los seguiremos —dijo Júpiter—. Quizá los roban después de la representación.

Afuera, la luna había salido. Los dos investigadores, acompañados de Ty, esperaron bajo los robustos árboles escuchando el susurro del viento. Casi nadie salía del club, aún cuando la música hubiera cesado. La música no constituía la atracción principal en El Limonero, cosa que quizás explicaba el hecho de que un grupo como el Tiburón y los Pirañas tocaran allí.

La luz de la luna proyectaba largas sombras sobre las montañas circundantes. Unos escasos coches pasaban por la zigzagueante carretera del cañón. Oyeron ladrar un perro en la distancia. Pero los sonidos dominantes eran los de las voces que salían de las puertas abiertas del local.

Finalmente salieron Tiburón y los Pirañas llevando a cuestras su instrumental. Sus pintarrajeados vehículos y la camioneta del material estaban aparcados en un rincón alejado. Cargaron la camioneta y subieron a sus vehículos. Esta vez eran más de cinco coches. Las chicas que siempre les acompañaban, conducían sus propios vehículos.

—No parece que se dispongan a robar nada —susurró Bob.

Júpiter miraba los pintarrajeados coches que parecían fantasmas de colores bajo la luz de la luna en el cañón.

—¡Chicos! Vamos allá. Hemos de acercarnos a ellos.

—Nos pueden ver —objetó Ty.

Júpiter respondió dirigiéndose entre los coches aparcados. Mientras se acercaban a la salida, los muchachos procuraban mantenerse en la oscuridad. Tiburón, los Pirañas y las chicas ponían en marcha los motores y se disponían a salir del estacionamiento.

—Han elevado los coches —observó Bob.

—Por fuerza, Bob —replicó Ty—. Han de conducir por estos caminos de montaña hasta la autopista para volver a Rocky Beach.

A Júpiter se le había desatado el cordón de uno de sus zapatos deportivos. Se agachó para atarlo sin quitar ojo de aquellos coches chillones que se acercaban

despacio. De repente, se echó al suelo.

—¿Jupe? —exclamó Bob alarmado.

—¡Júpiter! —dijo Ty.

—He visto algo fantástico —explicó Júpiter en un susurro—. Agachaos y mirad debajo de esos coches.

Los tres se tiraron al suelo mientras los coches pasaban por delante de ellos en posición elevada, con sus sistemas hidráulicos en funcionamiento; vistos así parecían coches normales. Bob lo corroboró.

—Tienen el mismo aspecto que los demás, sino fuera como van pintados.

—Sí —asintió Júpiter conteniendo a duras penas su excitación—. ¡Exactamente como los demás! Chicos, mirad debajo. Fijaos en lo que falta.

Ty y Bob fijaron su atención en los bajos mientras sus coches salían del estacionamiento y avanzaban lentamente a causa de los hoyos y piedras del camino.

—No veo nada —dijo Bob.

—Sí —asintió Ty, para añadir entusiasmo—: ¡No llevan placas protectoras debajo! ¡No son transformados! ¡Son coches normales!

—Normales y pintados con grafitis como los que usa el conjunto —señaló Júpiter—. ¿Y qué clase de coches son? Miradlos con atención.

Bob abrió los ojos de par en par.

—¡Un Mercedes! ¡Dos Volvos!

—¡Y un BMW y otro Mercedes! —añadió Ty.

—Eso es lo que he advertido en medio de la oscuridad, chicos. ¡Las formas de los Mercedes y los Volvos! —explicó Júpiter—. Los coches del conjunto que vi en La Cabaña eran completamente diferentes. Me apuesto lo que queráis a que estos tipos no los roban, sólo los llevan hasta Rocky Beach. Bajo la capa de grafiti nadie se fija en ellos, pasan como los pintarrajeados coches de un conjunto musical que vuelve de una representación.

Se enderezó cuando el último coche tomó la dirección del océano.

—¡Aprisa, muchachos! Hemos de averiguar donde los llevan.

Corrieron a la camioneta y salieron a la carretera dando tumbos. Dado que Tiburón y los Pirañas no iban en sus propios coches, corrían más aprisa y sin tantos miramientos. Ty atacó bravamente las sinuosidades del camino, mientras Bob y Júpiter se sujetaban fuertemente. Pronto avistaron el vehículo que cerraba la comitiva.

—Si son coches robados —comentó Bob—, ¿cómo han llegado hasta El Limonero y dónde están sus propios vehículos?

—Mi sospecha es que los coches fueron robados con anterioridad, pintados y llevados al lugar por otros miembros de la banda —dijo Júpiter.

—Robar coches precisa experiencia —declaró Ty—. La mayoría se los llevan muchachos con ganas de aventura, pero a éstos los cazan muy pronto. Se limitan a observar el que les gusta, llevárselo cuando pueden y salir a la carretera a correr. Yo

diría que Jupe está en lo cierto. Los verdaderos ladrones, primero los roban, después los pintan y finalmente los dejan en el lugar convenido. A continuación, los músicos se los llevan a casita.

—Pero ¿qué medios usan para ir a los locales donde actúan?



Ty se encogió de hombros.

—Alguien los debe traer. Quizá vayan todos en la camioneta, o quizá les facilitan los coches robados y pintados en otro lugar para que lleguen con ellos. ¡Quién sabe!

—De acuerdo, pero si los ladrones roban los coches —objetó Bob—, ¿para qué necesitan a Tiburón y los Pirañas? ¿Por qué no llevan ellos mismos los vehículos al desguace?

—Porque el gran riesgo que corre cualquier chorizo de éstos es que la policía los conoce —explicó Ty—. Ellos son los primeros sospechosos. Si se informa del robo de un coche, cada poli del área busca a los ladrones habituales, y los palomos que ya han estado en la trena son los primeros que cantan.

—La mayoría de las detenciones se hacen a partir de delincuentes conocidos —añadió Júpiter.

—Es un buen truco ese de robar los coches y disponer de alguien fuera de toda sospecha que los traiga al garaje —comentó Ty.

—Cualquiera que sea la manera —declaró Júpiter—, está claro que Tiburón no roba los coches, sino que los entrega. De manera que, si lo seguimos, descubriremos el cuartel general de los delincuentes.

—¿Y qué me dices del coche que Tiburón pidió a Ty que trajera de Rocky Beach? —preguntó Bob—. No encaja en el cuadro. Ni siquiera estaba pintado.

—No —asintió Júpiter—. Supongo que se trataba de un coche extra que el mismo Tiburón quizá robaría después de su representación de aquella noche.

—Pero se arriesgó mucho pidiendo a un desconocido como yo que lo condujera hasta aquí. Apuesto que a su jefe le dio un buen berrinche —replicó Ty.

—Y como que no era el conjunto el que lo había de llevar —sentenció Júpiter—, no hacía falta pintarlo con grafitis.

—¡Jupe! —gritó Bob que miraba hacia adelante con los ojos muy abiertos.

Un camión enorme con remolque surgió de una carretera lateral y se les cruzó ocupando ambas calzadas de la carretera. Ty tuvo que parar hasta que el enorme vehículo de ocho ruedas completó el giro y se hubo colocado delante de ellos. Venían tantos coches en dirección contraria que Ty quedó enganchado detrás de la lenta marcha del mastodonte. Finalmente llegó una recta y Ty pudo adelantar al camión para perseguir a los falsos transformados. Pero no había ni rastro de ellos. Al llegar a la autopista de la costa, Ty se puso a máxima velocidad gracias al poco tráfico que había a aquella hora, pero llegaron a Rocky Beach sin saber podido avistar a Tiburón y los Pirañas.

—Prueba en el túnel de lavado y en el garaje —sugirió Jupe.

Ty lo hizo, pero ni rastro.

—¿Qué hacemos ahora?

—Nada —replicó Júpiter—. Al menos esta noche. Pero mañana pensaré en la forma de cazar a estos ladrones con las manos en los coches robados.

CAPÍTULO 12

Trabajos ocultos

Pete y Bob vestidos con una gastada camiseta estampada y una camisa de fútbol americano a rayas, respectivamente, ya estaban a la puerta del Patio Salvaje cuando Júpiter y Ty llegaron a la mañana siguiente.

—Estoy seguro de que Jake Hatch es el cabecilla de esta banda organizada de ladrones de coches, pero probarlo será difícil —declaró Júpiter, sentado en su mesa de despacho.

—Os agradezco mucho lo que estáis haciendo por mí, muchachos —dijo Ty con lentitud—, pero se trata de una banda organizada y pueden ser muy peligrosos. Quizá será mejor que le contemos a la policía lo que sabemos. Este negocio mueve mucho dinero y el dinero significa violencia.

—¿Crees que, con los datos que tenemos, es suficiente para que la policía empiece a moverse? —preguntó Júpiter.

—¿O incluso que nos crea? —añadió Pete.

—No. Creo que no —repuso Ty.

—Entonces opino que debemos seguir —declaró Júpiter—. ¿De acuerdo, chicos?

—De acuerdo —dijo Bob.

—Seguiremos —añadió Pete.

—Bien —continuó Júpiter—, estamos seguros de que Tiburón y los Pirañas transportan los coches robados como si fueran los suyos propios; y también tenemos la casi seguridad de que los llevan al garaje Autovía. Pero no podemos acorralar a Tiburón y sus compañeros en plena carretera, y ya estuvimos en el garaje sin encontrar nada.

—Si tienen un taller de desguace oculto en ese garaje —afirmó Ty—, es seguro que también cuentan con un medio de escapar de la policía si ésta se mete en el local.

—Lo cual significa que no podemos hacer gran cosa desde fuera —añadió Bob.

—Tendremos que entrar —resumió Pete.

—Eso es lo que he estado pensando toda la noche —asintió Júpiter—. Uno de nosotros ha de mezclarse entre los miembros de la banda.

En el interior del remolque se produjo un silencio profundo. Bob frunció el entrecejo y al cabo de un rato lo rompió:

—No sé, Jupe... Nos conocen a todos.

Ty intervino:

—A mí apenas me conocen. Puedo disfrazarme. Me dejo crecer el bigote y...

—Pero Torres y Tiburón pudieron contemplarte de sobras, Ty —objetó Júpiter—. No. Creo que el más indicado soy yo.

—Pero, Jupe... —exclamó Pete en tono de sorna—, tiraste por los suelos a Torres e incomodaste un buen rato a Tiburón en La Cabaña. Se acordarán perfectamente de ti. El único al cual no han visto de cerca es a mí. Voy a ir yo.

Los otros tres se miraron mutuamente.

—Tiene razón, Jupe —dijo Bob. Ty asintió con la cabeza.

—De acuerdo —accedió Júpiter—. ¿Y cómo piensas infiltrarte?

—¿Infiltrarme? —rió Bob—. ¿Esa es la palabra?

—Ahora lo es —sonrió Júpiter. Poniéndose nuevamente serio añadió—: ¿Pero cómo metemos a Pete en la banda?

—Podría presentarme a pedir trabajo como mecánico en ese garaje.

—Demasiado arriesgado —declaró Ty—. Si realmente tienen un taller clandestino de desguace sólo admitirán gente que conozcan.

—¿Y de vigilante? —sugirió Júpiter.

—Parece ser la ocupación reservada para el tal Max —dijo Ty—. Y también, resultaría sospechoso.

—¿Y en el túnel de lavado? —intervino Bob—. Allí es donde van Tiburón y su pandilla. En estos sitios siempre se necesita gente que les dé brillo a los coches con el trapo. Pete podría tratar a Tiburón y, por ese camino, quizá lograr introducirse luego en el garaje Autovía.

—Exacto —declaró Ty—. Podría decir que le gustaría tanto y cuanto hiciera de mecánico, y que necesita un montón de dinero; y podría conquistar a Tiburón con su destreza con los coches.

—Eso sería muy largo —objetó Júpiter—. A menos... ¿Y si sabotamos alguno de los coches de Tiburón de manera que resulte fácil arreglarlo pero difícil de descubrir a menos que se sepa qué es? Entonces Pete podría arreglarlo como por arte de magia y ganarse a Tiburón.

—Puedo «arreglar» un par de cables imposibles de detectar —propuso Ty—. Creo que funcionaría.

—Es la mejor solución —dijo Bob.

—Hemos de asegurarnos de que Tiburón lleva su coche al túnel de lavado —repuso Pete.

—No será problema porque es donde suele recalar —replicó Júpiter—. Pero la infiltración también nos podría llevar mucho tiempo. Necesitamos un plan alternativo.

—¿Cuál, Jupe? —preguntó Bob.

—Uno de nosotros puede alquilar una plaza de estacionamiento en la Autovía y, desde el vehículo, vigilar lo que ocurre. No es una solución tan buena como la de la infiltración, pero podría revelarnos dónde tienen el taller de desguace.

—¿Quién alquilará la plaza? —preguntó Ty.

—Yo tengo trabajo todo el día con Sax —explicó Bob—, y quizá tendré que ir a la fiesta que las chicas dan en la playa, se lo prometí. Eh, Jupe, Ruthie está ansiosa de

que vengas.

—Ty podría conducir a la policía al garaje y poner sobre aviso a los ladrones —se apresuró a decir Júpiter—. Quedo yo. Lo siento, no podré ir a la fiesta. Debo ir a buscar mi nuevo coche.

—Espera un minuto —intervino Pete—. ¿Y qué me dices de Torres y del pistolero ése del garaje? Te conocen, Jupe.

—Si está Torres, tendré que marcharme a toda prisa —admitió Júpiter—. Pero no creo que Max en aquella ocasión me viera muy bien. De todas maneras, no queda nadie más. Pete, tú estarás arriesgándote en el túnel de lavado.

Pete tragó saliva con dificultad.

—Me imagino que todos corremos algún riesgo. De acuerdo, me presentaré para la plaza de limpiacoches.

—Te acompañaré a buscar tu coche con una camioneta de las de aquí —le dijo Ty a Jupe—. Después iré a ese Taco Bell que habéis mencionado para estar cerca de Pete. Si los polis me siguen, lo único que verán es que voy a comer un par de tacos.

Júpiter abrió un cajón y sacó todo el dinero que tenía para pagar el estacionamiento. A continuación, se dirigió al taller del cual volvió a los pocos minutos con tres diminutos transmisores.

—Que Pete se ponga una camisa de trabajo y una corbata de cuero con nudo grueso, dentro del cual puede llevar el transmisor. Su radio de alcance es muy corto pero podrá hablar con Ty, y yo podré comunicarme con cualquiera que se halle fuera del garaje.

Salieron todos juntos del almacén. Bob se fue a la oficina de Sax Sandler. Pete, a ponerse su camisa y su corbata, y Ty y Júpiter a recoger el nuevo Honda de este último.

—Nos reuniremos más tarde en el cuartel general —le dijo a Ty.

Éste sonrió.

—Conduce con cuidado.

Júpiter sonreía como chico con juguete nuevo al volante de su propio cacharro camino de su misión. El pequeño vehículo iba como una seda, adaptándose al suelo perfectamente, y pasando por los lugares más estrechos como una serpiente. Tomó el camino más largo hacia el garaje sólo para disfrutar un poco más de la conducción.

Cuando llegó, hizo sonar la bocina ante la entrada. No ocurrió nada.

Al cabo de unos minutos repitió el bocinazo.

Un hombre salió por la puerta lateral. ¡Era Max, el pistolero!

—¿Qué pasa?

Júpiter tragó saliva con dificultad para ocultar el pánico, pero el otro no dio muestras de haberlo reconocido. En verdad, el día anterior y a causa de la defectuosa luz del garaje, Max no había podido verlo con claridad. Júpiter respiró hondo y le dedicó su sonrisa más angelical.

—Necesito una plaza para toda una semana —anunció.

Max le dio la espalda.

—No tenemos.

—Casi todo el tiempo dejaré el coche aquí —prosiguió Júpiter como si no le hubiera oído—. Pero alguna vez entraré y saldré. ¿De acuerdo?

El hombre giró de nuevo y le miró fijamente.

—Piérdete, tío.

El pistolero desapareció dentro. Júpiter, sentado en su nuevo Honda, se esforzaba en pensar. Finalmente, tuvo que admitir que estaba derrotado. Si no querían alquilarle una plaza, no podía obligarlos a hacerlo. Sombrío, volvió al almacén de su tío. Esperaba que Pete hubiera tenido más suerte.

No había nadie ni en el taller ni en el remolque. Júpiter masticó con aire culpable una barrita de chocolate que extrajo de su escondrijo. Decidió que el pomelo y el queso fresco no eran una dieta que le conviniera. Tenía que encontrar otra. Con esta decisión, se sintió un poco mejor. Salió para admirar una vez más su flamante coche.

El teléfono sonó dentro del remolque.

—¡Jupe! —era Ty—. ¡Ha habido suerte! ¡Dos tipos acaban de dejar el túnel de lavado y a Pete ya le han puesto una gamuza en la mano y le han encargado que les saque brillo a los coches!

—¿Y Tiburón y los Pirañas?

—Todavía no han llegado. Estaré aquí y vigilaré la zona. ¿Cómo te ha ido?

—Mal —confesó Júpiter sombrío. Y le contó lo ocurrido con Max, el pistolero.

—No lo creo. Lo que quiere este tipo es dinero en la mano. Ven a buscarme, iremos los dos.

—¿Quieres decir que busca una propina?

—Claro. Los tipos como ése siempre quieren algo a cambio de facilitarte una plaza. El que les engrasa mejor la mano, tiene el mejor sitio.

—Vengo para acá —dijo Jupe y colgó. Acto seguido montó en su nuevo Honda y se dirigió rápidamente hacia el Taco Bell. Al verlo llegar Ty salió.

—¿No deberías quedarte y vigilar? —preguntó Júpiter.

—No ocurre nada en estos momentos y tampoco vamos a tardar mucho.

—De acuerdo. Conduce tú —decidió Júpiter—. Yo me ocultaré en la parte de atrás y, cuando te vayas, me quedaré dentro.

—Vamos.

Ty condujo el vehículo hacia el garaje con Júpiter escondido en el suelo de la parte posterior y el dinero de su primo en el bolsillo. Había recorrido cinco travesías cuando soltó una maldición.

—Otra vez los polis. Esta vez se trata de un Arries azul, pero los reconozco en cualquier parte. —Júpiter oyó que soltaba la risa y decía dirigiéndose a los perseguidores—: De acuerdo, chicos. Si lo queréis así, vamos allá. Agárrate Jupe.

El coche pareció despegar como un cohete. Júpiter tuvo que asirse fuertemente a la parte baja del asiento de atrás. Ty conducía como si llevara una bala de cañón.

Obligaba al coche a dar giros tan bruscos que lanzaban a Júpiter contra cada rincón de la parte de atrás. Pero no era él mismo de quien se preocupaba.

—¡Mi coche! —gemía—. ¡Me lo destrozarás!

Ty se echó a reír.

—¡Que va! ¡Este chiquitín es fuerte!

Golpeado y arañado, Júpiter oía como el vehículo crujía y gemía a causa de los giros violentos y de los bruscos acelerones, mientras saltaba y chirriaba a causa de los accidentes del terreno, como si Ty estuviera conduciendo a campo través o sobre raíles de tren.

De repente, pisó el freno y el coche frenó de maravilla. Ty se echó a reír nuevamente.

—Nos hemos perdido. ¿Estás bien?

—Yo sí, ¿y el coche? —gruñó Júpiter.

—Perfecto —replicó Ty con una risita—. Casi estamos en el garaje. A partir de ahora ocúltate bien.

Júpiter se aplastó contra el suelo cuando el coche se detuvo. Ty hizo sonar la bocina. Nuevamente salió Max, el pistolero.

—¿Sí?

—Necesito una plaza para una semana —dijo Ty.

—Está lleno.

—Usted me parece un hombre razonable. ¿Cuánto es una semana por anticipado?

Hubo un silencio. A continuación:

—Cincuenta pavos.

—¡Eh! ¡Si sólo es la mitad de lo que me imaginaba! Digamos cien. Aquí están. Contantes y sonantes.

Max hizo una pausa.

—Supongo que podré aparcarlo en algún rincón. Las puertas del garaje se abrieron y el Honda entró en el sombrío local. Se colocó en una hilera del fondo.

—Ya estás dentro —dijo Ty. Júpiter se lamentó:

—Esos cien es todo cuanto me quedaba.

—Era el único modo, Jupe. Volveré al túnel de lavado por si puedo ayudar en algo a Pete. Vendré a buscarte a las cinco.

Y Júpiter se quedó solo en el lóbrego y silencioso garaje.

CAPÍTULO 13

¡La paga!

En el túnel de lavado, Pete le daba brillo a cada uno de los vehículos que iban saliendo del túnel de lavado, igual que sus compañeros, con gamuzas y limpiacristales. Trabajaban por equipos.

Mientras frotaba, los ojos de Pete no descansaban, constantemente alertas para detectar la presencia de Joe Torres o de algún componente de los Pirañas. Transcurrió la tarde. No vio nada salvo los chorreantes vehículos que salían del túnel de lavado y a Ty bebiendo colas y comiendo «burritos» en el cercano Taco Bell.

Pete siguió trabajando.

Ty siguió esperando.

En medio de la penumbra del garaje, Júpiter asomó la cabeza con grandes precauciones por la ventanilla del coche. Los vehículos aparcados permanecían silenciosos bajo la luz mortecina.

Percibió los sonidos de los mecánicos que trabajaban en la segunda planta e incluso, más débiles, los que procedían de la tercera, aquel rumor incesante de los compresores que suministraban el aire a presión para pintar los coches.

Se esforzó en detectar cualquier otro sonido. El Cadillac naranja había desaparecido en alguna parte del edificio. Y Joe Torres y el pistolero habían salido de alguna parte con el Buick negro.

Pero ¿de dónde?

A las cuatro en punto, Ty miró su reloj. En el túnel de lavado no había sucedido nada. Lo único que había visto era la hilera incesante de automóviles que Pete y sus compañeros secaban y pulían como afanosas hormigas sobre un leño lleno de miel.

No había señales de Tiburón, ni de los Pirañas, ni de sus amigas. Joe Torres tampoco había hecho acto de presencia. Ya era casi la hora de recoger a Júpiter.

Pronto habría pasado el día.

Dos veces Júpiter tuvo que aplastarse contra el suelo del coche mientras Max paseaba por el garaje. Eran las cuatro y treinta en el reloj de Jupe, cuando se escabulló fuera del Honda. Agachado, protegido por la oscuridad, se dirigió al elevador.

Escuchaba con atención por si oía volver a Max. No había visto a nadie más. No había entrado ningún coche, fuera robado o de otro tipo.

Dio una vuelta entera al local por si antes, tras su recorrido con Pete, se les había pasado algo por alto. Incluso abrió las puertas de los despachos. Todos ellos estaban vacíos o abandonados, salvo algunos que servían de almacén.

Terminó la búsqueda ante las puertas del montacargas que estaba detenido en la planta baja. Se asomó al hueco y todo él se veía tan oscuro como la misma planta. Dos rectángulos de luz revelaban el lugar donde estaban las puertas de las plantas superiores.

¡Unos pasos le cogieron por sorpresa!

Max, el pistolero, estaba bajando por la rampa.

El Tiburón y los Pirañas llegaron al túnel de lavado con sus coches transformados. Parecían una banda de forajidos del oeste volviendo al cubil después de un asalto. Eran las cinco en punto, hora del cierre del túnel de lavado. Pete estaba recibiendo la paga por el trabajo del día, cuando Tiburón entró en el despacho del propietario.

—Gracias, señor —dijo en voz bien alta Pete—. Le aseguro que necesito de veras el dinero. Mi padre está en el paro. Si sabe de alguien que necesite un buen mecánico, le agradecería mucho que me lo comunicara.

—No te preocupes, Crenshaw —dijo el propietario—. Has trabajado bien. Estaré al tanto.

—Soy un buen mecánico, de veras —insistió Pete—. Haría cualquier cosa con tal de ganar dinero.

Cuando vio que Tiburón le estaba mirando, Pete salió. No quería ponerse pesado y levantar las sospechas de la banda. Una vez fuera, caminó dos bloques de edificios hasta su Fiero.

Cuando pasó por delante del Taco Bell vio que Ty ya no estaba.

Júpiter contuvo la respiración mientras oía los pasos de Max cada vez más cerca. No tenía tiempo de volver al Honda y disponía escasamente de unos segundos para ocultarse detrás del primer coche cerca del montacargas.

Ahora Max caminaba por el corredor formado por la primera hilera de coches. Sólo con que bajara la vista hacia la izquierda podía ver a Júpiter y, en cosa de segundos, llegaría al lugar donde el chico estaba agachado.

El jefe de los Tres Investigadores, que yacía sobre el grasiento y sucio suelo sembrado de manchas de aceite, rodó sobre sí mismo hasta lograr meterse debajo del coche. Vio las piernas de Max que pasaban a pocos centímetros de distancia de su propia cabeza. El pistolero hizo una pausa como si estuviera contemplando el rincón ahora vacío.

Júpiter casi no se atrevía a respirar. Se secó con una mano el sudor y el aceite de la frente. Parecía que Max no iba a moverse nunca. Veía sus piernas tan cerca que

hubiera podido tocarlas.

En aquel momento, la pequeña puerta lateral se abrió, dejando entrar un rayo de la luz del sol poniente.

—¿Sí? —gritó instantáneamente Max.

La voz de Ty respondió en voz alta:

—Hola. He venido a buscar mi coche.

—Déjame ver tu billete.

—Aquí está —gritó Ty desde la puerta.

Las piernas desaparecieron. Júpiter esperó un largo minuto, a continuación rodó sobre sí mismo hasta el otro lado del coche y asomó la cabeza con muchas precauciones. Max se dirigía hacia la puerta. Ty estaba inmóvil bañado por la luz de la tarde.

Júpiter se enderezó e hizo signos con la mano, e inmediatamente se dejó caer al suelo y empezó a recorrer, agachado, las silenciosas hileras de coches. Esperaba que Ty le hubiera visto y entretuviera lo suficiente a Max para darle tiempo de llegar al Honda.

—Cerramos a las seis —oyó que decía Max—. No vuelvas. No podrás aparcar hasta mañana.

—No lo necesito —respondió la voz de Ty—. ¿Hay teléfono?

—Allá en la pared.

—¿Me lo puede indicar?

—Pides mucho por unos roñosos cien pavos.

La distracción dio a Júpiter el tiempo suficiente para llegar al Honda y acurrucarse en su interior. Unos momentos más tarde, Ty se ponía al volante. Cuando arrancó lentamente en marcha hacia la puerta, el pistolero se inclinó para decirle:

—Hasta las seis o tendrás que esperar a mañana.

—¿A qué hora abre mañana? —preguntó Ty.

—Hay otro que abre a las siete. Yo no estaré.

Ty rió la frase. Max ni siquiera sonrió. No se trataba de ninguna gracia. Se considera lo suficientemente importante como para no tener que acudir a aquella hora de la mañana. Ty salió lentamente del garaje.

—¿Estás bien, Júpiter?

—Sí, pero no veo nada.

Las puertas del garaje se cerraron tras ellos. Ty dobló la esquina y detuvo el coche unos instantes. Júpiter abrió la puerta del lado del conductor y se deslizó en el asiento delantero.

—¿Ha ido Tiburón al túnel de lavado?

—No ha llegado hasta las cinco.

Al llegar al Patio Salvaje, corrieron al remolque. Pete estaba contando lo que había ganado antes de ponerlo en la caja común de los Investigadores. Unas llamadas al despacho de Bob y a su casa para ponerse en contacto con el escurridizo tercer

investigador, fracasaron, de modo que decidieron hacer sus planes sin él.

—Creo que mañana hemos de continuar haciendo exactamente lo mismo que hoy —declaró Júpiter—. Pete irá al túnel de lavado, espera a que Tiburón entre en contacto con él, y yo vuelvo para vigilar el garaje.

—Si mañana Tiburón no llega más temprano —comentó Ty—, nos quedamos bloqueados.

Al día siguiente, Tiburón llegó más temprano, pero Ty no tuvo oportunidad de sabotear el pintarrajeado coche del cantante. Júpiter vigiló todo el día en el garaje y no vio nada. Lo único fructífero fue que la energía y el buen humor de Pete cayeron muy bien a Tiburón, ¡incluido el nudo de la corbata con cabeza de tiburón que sujetaba y ocultaba el minitransmisor!

—Eres un buen chico para ser yanqui —dijo Tiburón—. Y esa corbata es guai. Te vamos a encontrar algo con que ganarte una buena pasta, ¿eh?

Pete dijo que le gustaría mucho, pero no sucedió nada reseñable. El tiempo volaba muy de prisa.

Pero al día siguiente, Pete tuvo finalmente su oportunidad. Tiburón y los Pirañas llegaron temprano y se pararon en el Taco Bell. Mientras discutían qué y cuándo iban a comer, Ty se deslizó bajo el vehículo de Tiburón y le dio un tirón a dos cables del sistema eléctrico. Previamente había dicho a Pete lo que tenía que hacer para repararlo.

Cuando Tiburón intentó poner el coche en marcha, el vehículo ni se inmutó. Mientras trabajaba, Pete advirtió la agitación en torno a Tiburón. Primero fue el propietario del túnel de lavado quien fue a ver que pasaba. Luego le siguió uno de sus empleados más antiguos. Finalmente, Tiburón dio un grito desde el Taco Bell.

—¡Eh, tú! ¡El gringo nuevo! ¡Ven!

Pete se secó las manos con un trapo mientras avanzaba hacia el Taco Bell.

—¿Es a mí?

—Eres un mecánico súper ¿no? A ver si haces caminar a mi cacharro.

Pete se inclinó bajo el capó abierto del motor. Lo miró y remiró, tocó la batería y los bornes, e hizo una serie de ruidos. A continuación se deslizó bajo el vehículo donde sabía que estarían los cables sueltos, un sitio a quien nadie se le había ocurrido mirar.

—¿Alguien me puede dar una llave fija del cuatro? —pidió desde debajo.

Hubo imprecaciones y ruido de herramientas. El propietario del túnel de lavado se llegó hasta su despacho y volvió con la llave perdida. Pete no la necesitaba, pero así causó mucha más impresión cuando salió de debajo y dijo:

—Prueba ahora.

El coche se puso en marcha al instante.

—¡Eh! ¡Entiendes de coches! —comentó Tiburón mirando pensativo a Pete—. Voy a hablar con alguien que quizá tenga trabajo para ti. El pago por el trabajo es bueno, realmente muy bueno. ¿Comprendes?

Tiburón daba a entender con su manera de expresarse que el trabajo era ilegal. Al cabo de un rato le preguntó si lo había entendido. Pete hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Júpiter estaba medio adormecido en su Honda, cuando oyó la voz de Ty cerca de la puerta del garaje.

—He venido a buscar una cosa de mi coche.

—Pero no te acostumbres. No nos gusta la gente entrando y saliendo todo el día —dijo la voz de Max.

Júpiter se hundió en el fondo del coche.

—¿Qué pasa? —susurró.

Ty se inclinó como si buscar alguna cosa dentro del vehículo.

—¡El truco ha funcionado! Tiburón le ha dicho a Pete que alguien irá a buscarlo al túnel de lavado y lo traerá al garaje.

—¿Cuándo?

—Hoy, en cualquier momento. Si desguazan los coches aquí, lo tendrás que ver.

Después de que Ty se hubiese ido, Júpiter se dispuso a reemprender la vigilancia. Estaba nervioso. El Honda era el lugar idóneo para ver a dónde se dirigía Pete cuando llegase acompañado por alguien de la banda.

Pasó una hora. Dos. Pasaron las cinco. A las seis, Júpiter oyó a Max que cerraba con llave las puertas grandes. Pete no había aparecido. Ni nadie. ¿Y si se habían equivocado y el taller de desguace estaba en otra parte?

De repente el transmisor de Júpiter emitió un leve sonido. Jupe lo conectó. La voz de Ty sonó baja pero angustiada.

—¡Jupe! ¡Estamos en peligro! ¡Un gran peligro!



CAPÍTULO 14

Ruedas de mala suerte

—Estoy encerrado —dijo Júpiter por el transmisor.

—Escapa. Prueba con la puerta pequeña —respondió Ty apremiante.

De puntillas, Júpiter atravesó el oscuro garaje y se acercó hasta la puerta. La grande estaba cerrada con llave, pero la pequeña sólo estaba cerrada de golpe. Haciendo girar el pomo, Júpiter se deslizó fuera y vio la camioneta en la esquina.

—¡Entra! —dijo Ty con urgencia.

—¿Qué pasa?

Su primo era la seriedad personificada.

—Hace unos quince minutos, Bob entró en el Patio Salvaje conduciendo como un loco en compañía de la amiga de Pete, esa Kelly Madigan. Nos ha dicho que Pete le había contado lo que estaba haciendo en el túnel de lavado, y todo lo relacionado con Tiburón y el robo de coches.

Júpiter soltó un gruñido.

—¡Pete se lo cuenta todo!

—Quizá no sea tan malo —prosiguió Ty—. Kelly averiguó que otra chica del equipo de animadoras, Tina Wallace, ¡es la nueva chica de Tiburón! Anda con él todo el tiempo. Conoce a Pete, sabe quién es y ¡todo el asunto de Los Tres Investigadores!

Júpiter se quedó helado.

—Si ve a Pete...

—¡Imagínate! ¡Se lo contará todo!

—¡Y seguro que lo verá en cualquier momento! —exclamó Júpiter.

—Kelly dice que Tina es una buena chica y, probablemente, no sabe nada del robo de los coches. Pero no sabemos qué hará ni qué dirá en cuanto vea a Pete.

Llegaron al almacén del tío de Júpiter y entraron a toda prisa en el remolque. Bob y Kelly les aguardaban. La morenita se puso en pie de un brinco.

—¿Lo habéis encontrado? —exclamó—. ¿Lo habéis sacado de allá?

—Ni siquiera sabemos dónde está —explicó Júpiter—. ¿Estás seguro de que se marchó del túnel de lavado, Ty?

—Tiburón llegó y habló con él. Pete me hizo una señal con el pulgar hacia arriba y salió en el Fiero con Tiburón.

—En ese caso —declaró Bob— hemos de encontrarlo.

—Pero ¿cómo? —exclamó Kelly mirando a uno y a otro. Bob y Ty miraron a Júpiter. Kelly se dejó caer en una silla al borde de las lágrimas. Dijo—: Júpiter, ¡por favor!

Júpiter miraba la pared con expresión concentrada, como si pudiera ver a través

de ella. Empezó a pellizcarse el labio inferior con el índice y el pulgar, señal segura de que reflexionaba profundamente.

—Hemos de suponer que se han llevado a Pete a trabajar en el taller clandestino. Sin embargo, nuestro problema sigue siendo el mismo: localizarlo —fijó la mirada en ellos y añadió—: Hay que averiguar si está en el garaje; sino, hay que saber exactamente dónde está. Hemos de entrar donde sea por nuestros propios medios.

—Espera —dijo Ty—. Nos imaginamos que Pete está dentro de ese taller clandestino y creemos que éste tiene que estar en el garaje. ¿No podríamos ponernos en contacto con él, y que fuera él mismo quien nos dijese dónde está?

—¡Eso es! —exclamó Kelly levantándose de nuevo de un salto.

—No —replicó Bob—. No sabemos seguro si el taller está en el garaje. No podemos arriesgarnos a comunicarnos con Pete por el transmisor, porque podría tener a alguien a su lado en ese momento y oírlo.

—Bob tiene razón —asintió Júpiter—. Creo que tengo un plan, pero todo depende de si Tiburón y los Pirañas salen esta noche de la ciudad. Bob, ¿podrías averiguar...?

—¡Estarán fuera! —exclamó éste triunfante—. ¡Que suerte tenemos! Me he enterado sólo por casualidad. Esta noche actúan en un concierto al aire libre en Malibú.

—La suerte sonrío al que tiene la mente preparada —sentenció Júpiter—. Lo has averiguado porque el entrenamiento de tantos años te ha indicado que podría ser un dato necesario.

—Pero —insistió Bob—, ¿por qué es tan importante que estén fuera de la ciudad?

—Porque sospecho que ese Mercedes no fue el único coche de los que Tiburón roba por su cuenta y envía a la tienda de alimentación —explicó Júpiter—. Y parece que hay más gente, aparte de Tiburón, que también lleva vehículos a esa tienda. Torres hizo sonar la bocina cuando llevó el Cadillac naranja al garaje para que abrieron las puertas, y entró sin más preámbulos. Pete me dijo que Torres hizo la misma señal con un segundo coche. ¿Sabéis una cosa? Creo que lo que mandaron a Ty que dijera en la tienda era una especie de contraseña.

—¿Qué es lo que tienes en mente, Jupe? —dijo Ty.

—Tiburón está fuera de la ciudad. Nos apoderaremos de un coche y lo llevamos a la tienda. Vigilamos a Torres. ¡Con suerte, nos conducirá al taller!

—¿Cómo ayudará eso a Pete? —preguntó Kelly.

—Dos de nosotros iremos escondidos en el coche —continuó Júpiter—. Ya se me había ocurrido antes, pero me parecía demasiado arriesgado. Pero ahora no nos queda otro remedio.

Bob planteó la pregunta crucial:

—¿Quién se esconde en el coche?

—Tú eres el único a quien Torres no conoce —dijo Júpiter—. Tendrás que conducir tú. Ty y yo iremos ocultos en la parte posterior.

—¿Y después de entregarlo, qué hago?

—Subes a tu propio coche y sigues a Torres.

—Pero ¿cómo puedo tener el coche allí si conduzco el robado?

—Kelly puede venir tras de nosotros sin ser vista.

Se miraron entre sí.

—¿Y dónde encontramos un coche, Jupe? —preguntó Ty—. Los nuestros no valen la pena ser robados. ¿Quieres que, de verdad, robemos un coche?

Júpiter miró a Kelly.

—Había pensado que quizá Kelly podría tomar prestado el Jaguar de su padre. Ése si vale la pena.

—¡El Jaguar de papá! —exclamó Kelly tragando saliva con dificultad—. Bien. De acuerdo, si sirve para sacar a Pete de allá. Sólo que hemos de tener cuidado con él.

—Lo tendremos —le aseguró Júpiter—. ¿Puedes ir a buscarlo ahora?

—Creo que sí.

—Yo la acompañaré —dijo Bob— y le enseñaré de paso como hay que manejar mi coche.

—Cuando vuelvas —le dijo Júpiter—, hablaremos de los detalles.

—Tiburón necesitará tiempo para robar un coche —dijo Ty.

—Esperaremos hasta medianoche —Júpiter miró a todos. Nadie dijo nada más—. De acuerdo, entonces. Iremos a medianoche.

Faltaban cinco minutos para medianoche, cuando el elegante Jaguar se dirigía hacia la tienda. La tienda todavía estaba abierta.

Júpiter viajaba en el maletero. Ty, el más delgado de los dos, iba estirado en el suelo de la parte trasera, debajo de una manta de viaje y de algunos cojines. Bob se había puesto una gorra de béisbol y sus antiguas gafas. Kelly seguía en el VW de Bob sin ser vista.

Joe Torres y sus dos ayudantes, Nacho y Carlos, salieron del local para contemplar admirados el resplandeciente Jaguar. Bob se asomó por la ventanilla.

—Un tipo llamado Tiburón me dio cien pavos en Malibú para que trajera este coche a su hermano. ¿Es usted el hermano?

—Sí. Soy yo. Ya puedes irte.

—Necesito que alguien me lleve a la ciudad de vuelta.

—¡Llama a un taxi! —barbotó el otro—. Ya te han pagado. Desaparece.

Bob salió del Jaguar y se perdió en la noche. En el maletero y debajo de las mantas, Júpiter y Ty esperaron. Oyeron los pasos de los tres hombres que se acercaban al vehículo.

—¡Eh! Hay una manta y cojines en la parte de atrás.

Se oyó como Torres se echaba a reír.

—¡Algún tipo de Malibú no sólo ha perdido el coche, sino que además estará helado!

Se abrió la puerta del conductor.

—Me lo llevo ahora mismo —dijo la voz de Torres—. El taller aún trabaja y aquí este Jaguar es demasiado atractivo. Al menos, esta vez Tiburón lo entrega en perfectas condiciones, no como la última vez, hace dos días.

La puerta del conductor se cerró. El coche arrancó en medio de un chirrido de ruedas y salió a toda marcha con Júpiter en el maletero y Ty silencioso bajo la manta.

Bob saltó dentro de su escarabajo.

—¿Todo va bien? —preguntó Kelly ansiosamente.

—Torres se ha tragado el anzuelo —dijo Bob—. Parece que las suposiciones de Júpiter son correctas. Torres no parecía sorprendido en absoluto. Lo que le dije parece que era la contraseña adecuada.

Kelly señaló delante de ellos.

—¡Allá va! ¡El Jaguar de papá!

—Sigámoslo —dijo Bob.

Hizo girar al pequeño escarabajo en el cruce detrás del distanciado Jaguar. El elegante vehículo de importación no evidenció si le seguían o no.

—¡No lo pierdas de vista, Bob! —rogó Kelly.

—Hago lo que puedo —dijo éste apretando el pedal del acelerador a fondo.

Pero el plateado vehículo se alejaba cada vez más, a pesar de todos los esfuerzos de Bob por no perderlo de vista.

En el maletero del Jaguar, Júpiter se sujetaba con todas sus fuerzas para evitar posibles golpes y hacer ruidos que alertaran al conductor, mientras el coche ganaba velocidad. Estaba tan concentrado en sujetarse, que casi salió despedido contra la parte anterior del maletero cuando el coche se detuvo con un frenazo seco. Sin embargo, consiguió no hacer ningún ruido. Oyó a Torres dar los bocinazos con la conocida señal: uno largo, dos cortos, uno largo y uno corto.

Oyó que descorrían el cerrojo y el sonido de las engrasadas puertas al abrirse. El Jaguar se movió.

—Uno de los pequeños extras de Tiburón —dijo la voz de Torres.

—Al patrón no le gustará. El Mercedes ya nos trajo un montón de complicaciones.

¡Era la voz de Max, el pistolero!

Se abrió la puerta opuesta a la del conductor y alguien entró dentro. En la oscuridad, Júpiter sintió que el coche se movía lentamente, vacilaba, rebotaba ligeramente sobre algo elevado y se detenía.

Se oyó un sonido metálico de algo que se deslizaba. ¡Eran las puertas del montacargas que se cerraban!

El elevador subió.

Júpiter intentó calcular las plantas que subían, pero resultaba muy difícil adivinarlo.

El montacargas se detuvo. Júpiter oyó un débil rumor sordo y continuo.

El Jaguar se puso en marcha lentamente ¡y marchó en dirección equivocada!

—¡Lo hemos perdido, Bob! —se lamentaba Kelly.

—Giró en aquella esquina —dijo Bob—. Quizá podamos alcanzarlos.

Bob bajó a toda velocidad por la zona comercial, hizo un amago de giro... y siguió recto más allá del cruce. El Jaguar estaba parado delante de un edificio de ladrillo rojo, justo en la parte superior de la calle que acababan de pasar.

—¿Crees que nos ha visto? —preguntó Kelly.

—No creo. Para ellos mi coche es uno más. Nunca lo han visto.

Bob giró ciento ochenta grados, volvió atrás y se detuvo cerca de la esquina. Corrieron hasta allí y asomaron la cabeza. El Jaguar había desaparecido. Avanzaron por la calle oscura y desierta, hasta las puertas dobles por donde había entrado el Jaguar. Al lado de aquéllas, había otra más pequeña.

Ambas estaban cerradas.

—¿Qué hacemos? —susurró Kelly angustiada.

—Esperemos que no se le haya ocurrido a nadie correr el cerrojo después de que Júpiter se hubiera marchado ayer.

Se metió la mano al bolsillo y sacó su tarjeta de identidad plastificada. La deslizó por la ranura formada por la puerta y el marco a la altura de la cerradura. Al cabo de pocos instantes lograba alzar la falleba. Segundos más tarde ambos se hallaban sumidos en la luz mortecina del interior del garaje.

Bob y Kelly contemplaron las hileras e hileras de coches estacionados.

—Debe ser aquí donde Jupe estacionó su Honda para vigilar —comentó Bob—. Busquemos el Jaguar de tu padre.

Se movieron por el vasto, lúgubre y silencioso espacio lleno de vehículos. Finalmente llegaron al montacargas. La plataforma estaba arriba, perdida en la oscuridad. Escucharon por si oían algún sonido, pero no percibieron nada. Ni ruidos ni el Jaguar.

—¡No está! —exclamó Kelly alzando la voz.

—¡Sssss! —siseó Bob.

De repente se oyó el ruido de un golpe seco, un deslizamiento de las puertas de hojas de madera y el montacargas ¡empezó a descender!

—¡Rápido! —susurró Bob.

Asió a Kelly y la arrastró detrás de la hilera de coches más cercana. Se

escondieron agachados mientras el montacargas llegaba a su nivel. De la plataforma salió Joe Torres solo y se encaminó por la enorme planta hacia la puerta de salida.

Bob y Kelly se acercaron al montacargas.

—El coche de mi padre ha de estar aquí, en alguna parte —dijo Kelly mirando hacia arriba, por el hueco.

—Júpiter dijo que estaba seguro de que el taller de desguace estaba escondido en alguna parte de este edificio —asintió Bob—. Pero ¿dónde?

Una voz habló a sus espaldas.

—Es una lástima que conozcas la existencia del taller, Andrews. Deberías haberte dedicado sólo a la música.

Jake Hatch estaba de pie, detrás de ellos, sosteniendo una pistola de aspecto siniestro con su manaza. El hombre corpulento que apareció al otro lado de Kelly y Bob también empuñaba una pistola aún mayor.

CAPÍTULO 15

¡Emparedados!

En el Jaguar, Júpiter escuchaba sin oír nada. Dejó transcurrir cierto tiempo.

Al parecer, habían llevado el Jaguar a través de la pared, detrás del hueco del montacargas; a continuación había rodado hacia la derecha y se había detenido. Torres y el otro hombre se habían ido. A continuación, se había oído un leve rumor y después nada.

De repente, escuchó golpes y ruidos metálicos. Júpiter dio unos golpecitos en el panel del maletero.

—¿Ty?

La voz de Ty llegó débilmente a través de la pared.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Dónde estamos?

—Déjame echar un vistazo.

En el interior del maletero Júpiter esperó.

Estamos en lo que parece ser otra planta del garaje —oyó finalmente a Ty—. No es tan grande como las otras. Estamos aparcados en un rincón, pero al otro lado hay tres tipos trabajando en un Maserati. ¡Uno de ellos parece Pete!

—Sácame de aquí —solicitó Júpiter.

Oyó el leve rumor de Ty moviéndose y, a continuación, el de la llave. La tapa se alzó. Rápidamente, Júpiter rodó hacia afuera y se deslizó agachado detrás del elegante coche junto con Ty.

Al otro lado del local estrecho y alargado, vio a los tres hombres trabajando en lo que con anterioridad había sido un Maserati rojo oscuro. Lo tenían desmontado casi por completo con todas las piezas esparcidas a su alrededor. El chasis del coche parecía un esqueleto vacío con sólo el armazón del motor dentro.

¡Uno de ellos era Pete!

—Pronto lo han puesto a trabajar —comentó Ty en un susurro.

—Tiburón le dijo que le gustaba y probablemente les urgía alguien más que les ayudara —respondió Júpiter. ¡Mira! Todavía lleva la corbata. El transmisor está escondido en el nudo. Podemos enviarle una señal. Está un tanto alejado de los demás.

Los otros dos mecánicos trabajaban a cierta distancia de Pete. Hablaban entre sí en voz alta e ignoraban el recién llegado. Ambos eran bajos y huesudos, con rostros patibularios y movimientos bruscos. Júpiter y Ty divisaron la culata de una pistola que asomaba por el bolsillo de uno de ellos.

—No prestan gran atención a Pete —dijo Ty.

Se equivocaban. Júpiter activó la señal del transmisor. El leve sonido del aparato de Pete alertó a los dos sujetos. Pete continuó como si nada, pero uno de ellos alzó la cabeza.

—¿Qué ha sido eso?

Pete levantó también su cabeza.

—Nada. La señal de mi reloj digital. Hay un concierto esta noche que me gusta y me olvidé de quitar la hora.

—¿Qué hora es muchacho?

—Casi las doce treinta —respondió Pete.

—Hemos de apresurarnos con éste. Tenemos también ese Jaguar y Tiburón es capaz de traernos un puñado más en cualquier momento.

—¡Buf! —exclamó Pete—. ¿No es muy tarde para traer coches?

Los otros dos se echaron a reír.

—El patrón aprovecha y compra cuando salen las gangas...

Las risas aumentaron de intensidad. Júpiter y Ty adivinaron que le habían contado a Pete alguna historia falsa sobre lo que estaban haciendo.

—Bien —dijo Pete a lo lejos—, como casi hemos acabado con éste, quizá podría empezar con el Jaguar.

—De acuerdo, chico. Adelante.

Pete dejó sus herramientas en el suelo y se limpió las manos con un trapo. Se acercó al oscuro rincón donde estaba el Jaguar y echó una mirada hacia atrás para asegurarse de que los otros no se fijaban en lo que hacía.

—¿Quién está aquí? —susurró inclinándose sobre el coche como si mirara alguna cosa—. ¿Dónde está Kelly?

Había reconocido el Jaguar, oído la señal y sumado dos y dos.

—Yo y Ty —respondió Júpiter—. Kelly está con Bob. Deben estar fuera esperándonos. Tenían que seguirnos. ¿Qué pasa aquí?

—Es el taller de desguace —informó Pete—. Me contaron una bola sobre la compra de coches estropeados a precio barato, para vender más tarde las piezas y obtener un beneficio. Pero Tiburón me dio a entender de manera clara de qué se trataba.

—¿Están armados esos dos? —preguntó Ty.

—Creo que sólo uno de ellos.

—¿Cómo es que sólo sois tres trabajando? —quiso saber Pete, fingió trabajar en la parte delantera del Jaguar.

—Tiburón me dijo que me necesitaban porque tres mecánicos habían caído enfermos. Lo dijo con una risita, de lo que deduzco que deben estar en la cárcel. Me imagino que el resto de la banda, los ladrones propiamente dichos, están fueran robando vehículos. Hemos tenido suerte, chicos.

—Entonces salgamos rápidamente de aquí y llamemos a la policía antes de que nadie nos vea —dijo Júpiter.

Pete asintió y se sentó al volante. Júpiter y Ty se deslizaron en la parte trasera y se aplastaron contra el suelo. Pete puso en marcha el coche y lo condujo a paso de tortuga hacia donde estaban los que trabajaban con el Maserati.

De repente, se oyó un ruido sordo. ¡Todo el panel alargado de la pared izquierda del local se abrió como si los ladrillos se deslizaran sobre sí mismos!

—¡Es una puerta! —exclamó Júpiter en voz baja—. ¡Es la pared posterior del montacargas! ¡Así es como introducen los coches en el taller!

Los chicos vieron que la pared estaba hecha de paneles falsos montados sobre una puerta deslizante. Al llegar a la altura del montacargas, giró de costado sobre unas bisagras de acero.

—Estamos en el edificio de la otra calle —comentó Ty—. Justo en el medio. ¡Es un espacio oculto que forma parte de ambos edificios! Los coches entran enteros y salen en piezas.

—¡Muchachos! —exclamó Pete con los ojos muy abiertos.

Jake Hatch y Max el pistolero entraban por la falsa pared procedentes del elevador. Bob y Kelly caminaban delante de ellos encañonados por sendas pistolas.

—¡Han atrapado a Kelly! —exclamó Pete angustiado—. ¡Hemos de rescatarla!

—Es mejor que ataquemos ahora antes de que llegue el resto de la banda, con Tiburón y los Pirañas.

—¡Pero van armados! —exclamó Júpiter desalentado.

Pete, confuso, detuvo el Jaguar. ¿Qué podían hacer? Jake Hatch y Max empujaron a Bob y Kelly hacia los mecánicos. Jake Hatch tenía una expresión torva.

—Los hemos cazado en el primer piso del otro edificio buscando el tallercito clandestino —gruñó—. Ya lo han encontrado. La lástima es que no se lo podrán contar a nadie.

—Mis compañeros saben que estamos aquí —mintió Bob—. Ty avisará a la policía.

—Es el tipo a quien Tiburón encargó traer el Mercedes rojo de Oxnard —explicó Max—. El que condujo a la policía hasta la tienda de Torres.

—¡Mira que he dicho a esos idiotas que no roben coches por su cuenta! —estalló Hatch.

—Tiburón sólo lo ha hecho tres veces, patrón —dijo Max.

—Tres son demasiadas —dijo Jake Hatch con un movimiento brusco de cabeza—. Ahora hemos de deshacernos de estos dos —echó una mirada en torno—. ¿Dónde está el chico nuevo?

—Allí, en el Jaguar —dijo uno de los mecánicos.

—Nos van a descubrir, chicos. Preparados —dijo Pete en voz baja.

Hizo avanzar lentamente el Jaguar. Hatch contempló el vehículo.

—¿Un Jaguar?

—Sí —dijo el mecánico—. Torres lo ha traído hace una media hora. Es un regalo de Tiburón.

—El muy idiota —exclamó Hatch moviendo nuevamente la cabeza—. De todos modos, éste es realmente bueno —se dirigió a Bob y Kelly—. Lo siento Andrews, no deberías haber metido tus narices en mis asuntos.

Pete se estaba acercando. Hatch, Max el pistolero y los dos mecánicos formaban un grupo cerca del Maserati, de cara a Bob y Kelly. Por unos segundos, dieron la espalda al Jaguar. Pete se asomó por la ventanilla.

—¿Dónde quieres que ponga el Jaguar, Max? —gritó.

Júpiter y Ty advirtieron la luz de esperanza en los ojos de Bob y Kelly al reconocer la voz de Pete. En la parte posterior del coche se pusieron en tensión mientras el pie de Pete aflojaba la presión sobre el acelerador.

—¿Qué hace este chico aquí? —se oyó decir a Torres que había aparecido en la amplia boca del montacargas y señalaba a Bob—. Es el que me ha traído el Jag...

—¡Ahora, Pete! —aulló Júpiter.

De un golpe, Pete oprimió hasta el fondo el acelerador del Jaguar y en medio de un chirrido de ruedas ¡el vehículo saltó hacia donde estaban los hombres rodeando el Maserati!

CAPÍTULO 16

El tiburón canta

El Jaguar se precipitaba sobre los cuatro hombres.

El grupo se había quedado helado, paralizado de terror, incapaces de acordarse de las armas que tenían en las manos. Con ojos desorbitados miraban al coche que se les venía encima.

De repente, reaccionaron y corrieron desalados lejos del mortífero embate del coche. Se tiraron al grasiento suelo sólo atentos por salvar la vida.

Max, el pistolero, cayó sobre el brazo armado, dejó escapar un gruñido de dolor ¡y perdió el arma!

Los dos mecánicos tropezaron uno con otro en su frenesí por escapar de la embestida del Jaguar. La pistola salió volando del bolsillo del mecánico que iba armado y fue a caer confundida entre las piernas del desmontado Maserati.

Jake Hatch fue el único que no perdió la cabeza. Se tiró al suelo rodando y se enderezó a corta distancia con el arma empuñada apuntando al Jaguar y a Pete sentado al volante.

Bob apartó a Kelly de un empujón del camino del coche y aplicó un contundente yoko geri keage lateral con el pie a la mano de Jake Hatch que sostenía la pistola. El arma salió disparada por los aires. Hatch se lanzó contra Bob que contraatacó instantáneamente con un codazo a la cabeza que hizo aterrizar a Jake en el suelo, espachurrado.

El Jaguar frenó con un chirrido a pocos centímetros del desmantelado Maserati.

Pete saltó del interior del vehículo y cayó sobre Hatch cuando éste intentaba ponerse nuevamente en pie.

Ty ya estaba encima de Joe Torres que, todavía de pie en el umbral del local, apartado de los demás, se esforzaba por extraer su pistola del bolsillo. Ambos hombres cayeron al suelo en un revoltijo de brazos y piernas. Ty dominó al propietario de la tienda con un gancho veloz.

Júpiter corrió a ayudar a Bob, que se las tenía con Max. El fornido rufián se había puesto de pie y corría hacia su pistola. Bob intentó detenerlo con un salto lateral, un tobi yoko qeri, pero Max le detuvo con un fuerte revés de cosecha propia y se inclinó para coger el arma.

Júpiter saltó sobre la espalda del pistolero y lo hizo aterrizar de cara contra el suelo. Soltando juramentos, Max se alzó y cargó contra Júpiter. Este lo esquivó con un quiebro de cintura que lo situó encima del hombre. Bob se tiró sobre él para ayudar. El furioso pistolero maldijo y gritó, pero no pudo enderezarse bajo el peso de los dos.

Los dos mecánicos se soltaron el uno del otro y se aprestaron a meterse en la lucha, pero se detuvieron en seco delante de los ojos furiosos y las firmes manos de Kelly Madigan, que sostenían la enorme pistola de Jake Hatch. Sus manos pequeñas la mantenían firmemente y la hacían oscilar apuntando a los dos hombres que se habían quedado inmóviles.

—Tranquila, señorita.

—No nos moveremos, señorita, pero tranquilícese.

Rogaban ambos con las manos tendidas hacia Kelly como dispuestos a detener las balas que aquellos dedos nerviosos podían hacer rugir del cañón del arma. Era evidente que no tenían la menor intención de moverse.

—Esto está muy bien, chicos —dijo Kelly sin dejar de balancear ligeramente el arma—. Quedaos ahí sentados.

Pete completó la faena con Jake Hacht con un seco shuto uchi, aplicado con el canto de la mano en plenas costillas del jefe de la banda, que lo dejó tendido en el sucio suelo, gimiendo y sujetándose los costados.

Ty acababa de dejar sin sentido a Torres, le quitó el arma, se la puso al cinturón y avanzó hacia Kelly; el arma que tenía la chica pasó a sus manos.

Bob y Júpiter encontraron un rollo de alambre y ataron a Max de Pies y manos. El pistolero quedó tendido, jurando y maldiciendo, pero inerme.

Sonriendo, Bob se enderezó.

—Bien. Me parece que hemos dado buena cuenta de la banda.

—¡Los hemos apresado! —exclamó Pete.

—Y tenemos las pruebas —añadió Júpiter señalando con un movimiento de cabeza el desmantelado Maserati.

—Será mejor que los atemos a todos y recojamos las pistolas —dijo Ty—. Yo les apuntaré mientras tanto.

Pete y Júpiter encontraron unas cuerdas en un rincón y ataron a los dos mecánicos y a Torres. Bob recogió el arma del mecánico de entre las piezas del coche y la de Max del suelo. Pete y Jupe se dispusieron a atar a Hatch, que seguía gimiendo sujetándose los costados como si fuera incapaz de recuperarse.

Pero antes de que pudieran encargarse del agente artístico, se oyeron unos pasos fuertes y un grupo de hombres surgió de una sala de detrás del Maserati.

—Eh, tenemos seis preciosas ruedas esperando en el montacargas, abajo en el primer piso —decía Tiburón mientras entraba por la puerta que los chicos no habían visto. Se detuvo en seco con los ojos muy abiertos—. ¡Ahh, chihuahua! ¿Qué es esto, eh?

Los cuatro Pirañas y unos cuantos acompañantes se quedaron inmóviles, detrás del larguirucho solista del conjunto musical, que todavía llevaba su traje blanco escénico.

Júpiter dio un paso hacia ellos.

—Todo ha terminado, Tiburón. Hemos apresado a tu patrón, a sus pistoleros, a

Joe Torres y el coche robado. Es mejor que te entregues.

—¿Ah, sí? —masculló Tiburón. Miró en torno suyo. Vio las armas en las manos de Ty y de Bob. Miró a los cuatro Pirañas y a los demás de detrás suyo. A continuación se dirigió a Júpiter—: Eh, chico, no sé, ¿sabes? Quiero decir que nosotros somos un buen montón más que vosotros ¿no?

Jake Hatch se sentó en el suelo repentinamente recuperado.

—¡Encárgate de esos chicos, Tiburón! ¡Sáltales encima!

Tiburón se encogió de hombros.

—No sé, patrón. Ellos tienen armas, ¿sabe? Y ustedes, no creo que nos sirvan de gran ayuda.

—¡Son sólo chicos estúpidos! ¡Ni siquiera saben usar esas armas! Puedes de sobra con ellos.

—Quizás ¿eh? —replicó el sonriente cantante—. Pero algo me dice que ya es hora que mi grupo tenga algún pequeño aumento de sueldo ¿ah?

—¡Ya te pago demasiado! —estalló Hatch airado—. Sácanos de encima a esos chicos. Tú y tus estúpidos coches nos han metido en esto. ¡Idiota!

Tiburón miró fijamente a Hatch. Detrás de él, los Pirañas murmuraron irritados. Tiburón pareció escuchar el enfado en el tono de sus voces.

Júpiter advirtió el cambio. Se movió rápidamente y se enfrentó a Tiburón.

—Te ha estado utilizando, Tiburón. A todos vosotros. No siente ningún respeto por ti. Tú y los Pirañas no sois más que unos imbéciles a su servicio.

Tiburón no parecía estar escuchando a Júpiter. Estaba muy ocupado contemplando fijamente a Hatch.

—¡Eh! Quiere ayuda de una banda de pachucos estúpidos, ¿eh, patrón? Eh, seguro que no nos distingue a uno de otro, ¿no? Todos parecen lo mismo, estos pachucos imbéciles, ¿verdad?

Sentado en el suelo, Hatch se tornó rojo de ira.

—¡O nos sacas de aquí o estás acabado! ¿Me oyes? Apodérate de estos chicos, cholo sin cerebro, o nunca volverás a trabajar para mí. ¿Te enteras?

Tiburón sacudió la cabeza.

—Eh, ¿pero qué quiere que hagan un puñado de cauchucos idiotas, de cholos estúpidos, eh? Todos son unos lardosos y unos holgazanes, ¿no? Gordos y grasientos —Sonrió a Hatch y miró a Júpiter—. Eh, gordo yanqui, te vamos a contar todas las cosas de este patrón tan listo y los detalles de su gran operación. Dirás a los polis que sean amables con Tiburón y los Pirañas, ¿sí?

—Nosotros no podemos dar órdenes a la policía, Tiburón —intervino Ty sosteniendo el arma de Hatch y vigilando a los Pirañas.

—Pero haremos lo que podamos —se apresuró a decir Júpiter—. Sabemos que tú solamente traías los coches aquí. Hay otros que robaban para Hatch, ladrones profesionales. Los mecánicos de la banda desmontaban los vehículos, no tus muchachos.

—Condenadamente listo eres para ser un muchachito —dijo Tiburón—. Sí. Nos daban los coches pintados como los nuestros y los traíamos aquí después de los conciertos. Otras veces, nos llevaban a la actuación y sólo los traíamos de vuelta.

—¿Y el Mercedes rojo? —preguntó Ty en tono sombrío—. El que robaste en Oxnard.

Tiburón se encogió de hombros.

—De acuerdo. Yo cogí un par por mi cuenta, cuando ellos no los tenían a punto. Ha sido una estupidez. Lo he estropeado todo.

Júpiter declaró:

—Si prestas declaración y testificas ante un tribunal contra Hatch y su banda, seguro que el juez te concederá el indulto.

—¡No le creas! —gritó Hatch deshaciéndose de Pete y acercándose a Tiburón—. Te doy un aumento. A todos. Seréis los hispanos más ricos de la ciudad.

Tiburón miró primero a Hatch, luego a Júpiter y a Ty, a continuación a los Pirañas que tenía detrás y se encogió nuevamente de hombros.

—De acuerdo, yanqui listo. Vamos a hablar con la poli.

Ty bajó el arma. Pete sonrió y Bob y Júpiter dejaron escapar un suspiro de alivio. Kelly corrió hacia Pete y lo abrazó estrechamente. Pete enrojeció como un tomate. Kelly se echó a reír, lo besó y se apartó.

De repente, Jake Hatch dio un brinco y asió a Kelly. La colocó delante de sí y, torciéndole el brazo hacia atrás, retrocedió hacia el montacargas. Si alguien intentaba disparar, tocaría a la chica.

—Que nadie se mueva. Si alguien hace un gesto, lo pagará esta señorita. ¿Entendido?

Nadie movió una ceja mientras Hatch retrocedía con su rehén. La pared se cerró lentamente delante de él y de la aterrorizada Kelly.

CAPÍTULO 17

Las ruedas más ligeras de todas

En el taller clandestino reinó un silencio conmocionado. Pete echó a correr hacia el muro.

—¿Cómo se abre esto? ¡Rápido!

Y fijó la vista en Tiburón que se encogió de hombros.

—No lo sé, chico. Alguien nos abre siempre.

Joe Torres se echó a reír.

—A ver si lo averiguas, talento.

—El patrón es demasiado listo para vosotros, hatajo de punks —se burló Max.

Los dos mecánicos negaron con la cabeza. Tampoco ellos sabían como se abría la puerta camuflada. Júpiter se encaró con Tiburón.

—¿Cómo habéis entrado ahora?

—Por la oficina de arriba —dijo aquél—. El mismo sitio por donde salimos.

—¿Oficina? ¿Dónde? —exclamó Peter—. ¡Muéstramela! ¡Aprisa!

—Claro, hombre, sólo que las escaleras te llevarán a la calle equivocada, ¿sabes? Quiero decir que has de dar la vuelta al edificio para llegar a la puerta del garaje.

—¡Muéstramelo! —insistió Pete.

—Yo iré contigo —decidió Ty enfundándose la pistola en el cinturón y dando la otra a Bob—. Están atados, pero no los pierdas de vista.

Tiburón guió a Pete y a Ty hacia el cuartito que estaba en la otra, esquina del local, enfrente del montacargas. El arco de la entrada ocultaba la puerta.

—Hay que conocer el truco —dijo Tiburón mientras tiraba de un extintor de fuego colgado de la pared. La puerta de la oficina se abrió.

Pete y Ty atravesaron corriendo la pequeña oficina, y volaron escaleras abajo para salir al exterior en la noche. La luna brillaba y bañaba el lugar con un fulgor azul plateado. Rodearon corriendo el edificio y pasaron por delante del Fiero de Pete aparcado en la esquina, hasta que llegaron a la parte delantera del garaje.

¡Ambas puertas seguían cerradas con llave!

—¡Ha de estar dentro! —exclamó Pete.

—A menos que haya otra salida que no conozcamos —declaró Ty—. Ten cuidado, Pete. Tiene a Kelly.

Pete asintió. Intentó abrir la puerta lateral. No estaba cerrada. Dieron unos pasos precavidos por el estacionamiento. Sólo una luz, al fondo, cercana al montacargas, mal iluminaba el lugar.

Escucharon en la oscuridad, pero no se oía sonido alguno.

—Se ha ido —susurró Pete desesperado—. Y Kelly con él.

—No estoy tan seguro. ¿No oyes? —Ty escuchó.

Pete percibió un leve sonido de repiqueteo, como si algo de poco peso golpeará un metal. Parecía venir del fondo del local, a la derecha del montacargas.

—¡Es una ña golpeando la carrocería de un coche! —lo identificó Peter—. ¡Vamos!

Y echó a correr entre las hileras de coches con Ty pegado a sus talones. Llegaron al fondo, al espacio abierto delante del montacargas. Se pararon y escucharon.

De repente, a su derecha, unos faros del coche relampaguearon.

¡La luz les enfocaba directamente!

Al fondo del lugar, un coche tronó poniéndose en marcha. Se oyeron unos chirridos de neumáticos y lo vieron lanzarse sobre ellos, aumentando de velocidad a cada centímetro.

Tuvieron el tiempo justo de saltar hacia atrás, mientras un bólido plateado pasaba como el rayo. Frenó de golpe, aplastando varios coches aparcados al fondo.

—¡Es un Rolls Royce! —exclamó Pete.

No tuvo tiempo de decir nada más. El Rolls retrocedió, giró en redondo, hizo chirriar nuevamente los neumáticos y se precipitó como un bólido contra ellos, atronando el espacio.

—¡Nos va a aplastar entre los coches! —gritó Ty—. ¡Salta!

Pegaron un salto en el momento en que el Rolls aplastaba el coche detrás del cual habían estado escondidos, haciéndolo chocar con el siguiente y con el otro.

Echaron a correr.

Pero el Rolls Royce los perseguía incansable, aplastando coches, provocando choques múltiples y destrozando defensas y parachoques.

Ty sacó la pistola del cinturón y la empuñó mientras intentaba divisar con claridad el Rolls bajo la deficiente luz del garaje.

—¡Kelly está dentro! —gritó Pete—. ¡No dispaes!

—¡Sólo intento dar a los neumáticos! —gritó Ty a la vez que daba otro brinco para escapar del incansable Rolls.

Éste también se estaba quedando hecho una ruina, pero el poderoso coche fabricado artesanalmente seguía funcionando. Era demasiado fuerte para resultar tan dañado como los demás coches contra los cuales chocaba.

De repente, Ty vio los neumáticos con claridad. Disparó dos veces.

—¡He fallado! —gimió.

El Rolls dio un giro golpeando cuatro coches más, lanzándolo unos contra otros y convirtiéndolos en un amasijo de metal retorcido.

Esta vez no intentó perseguir a los muchachos, sino que se dirigió hacia uno de los espacios abiertos.

—¡Quiere escapar! —gritó Pete.

—¡La pistola! —gritó a su vez Ty—. ¡No se arriesga a enfrentarse con ella!

El Rolls se dirigía a toda marcha hacia el espacio ancho frente a la salida

principal. Ty y Pete saltaron entre los coches para cortar el camino.

—¡Ha de salir para abrir el cerrojo! —gritó Pete—. ¡Entonces lo atraparemos!

Casi habían llegado a la puerta cuando el Rolls apareció en una curva cerrada desde la izquierda y se dirigió a toda velocidad hacia la puerta de salida.

—¡No va a parar! —gritó Ty.

A toda velocidad, aunque pareció a cámara lenta, el enorme coche plateado reventó las macizas puertas de madera.

—¡A mi coche! —gritó Pete—. ¡Rápido!

—No hay tiempo —dijo Ty jadeante—. Se nos escapa.



Sin responder, Pete salió corriendo a través de las destrozadas puertas. El Rolls, al llevar tanta velocidad, no había podido girar convenientemente y tomar la dirección de la calle. Había chocado con la valla de enfrente y estaba dando marcha atrás para huir. Pete corrió hacia el Fiero aparcado en la esquina.

—Nos lleva mucha ventaja, Pete —dijo Ty mientras se proyectaba al interior del Fiero.

Pero cuando dieron la vuelta a la esquina ¡el Rolls aún estaba allí! Daba tumbos y zigzagueaba como un pato herido.

—Se ha averiado —sonrió Ty—. Vamos...

—¡No, mira! —gritó Pete.

Dentro del coche se veían unas sombras que luchaban.

—Kelly está luchando con él. ¡Intenta detenerlo!

Mientras Pete hablaba, la puerta del Rolls al otro lado del conductor, se abrió de golpe y Kelly cayó a la calle.

El Rolls Royce salió volando.

Kelly pegó un brinco y se acercó a la altura del Fiero. Pete paró unos instantes y dijo asomándose:

—¡Le cogeremos, Kelly!

Kelly abrió la puerta trasera y cayó sobre el regazo de Ty en el reducido espacio del asiento.

—Sin mí ni pensarlo —estalló y sonrió casi sin aliento a ambos muchachos.

Pete le devolvió la sonrisa.

—Sujetaos bien —dijo—. Este cacharro se va a convertir en un cartucho de dinamita.

Pete alcanzó al destrozado Rolls en menos de tres calles. Incluso Ty había palidecido ante la manera de conducir de Pete, que no se despegaba de la fabulosa máquina plateada en ninguno de los giros que aquélla daba.

Ambos coches corrían como el viento por las calles oscuras.

El Rolls se metió por un solar abandonado, zigzagueó por debajo de los pilares de la autopista, corrió por encima de los raíles del tren. No consiguió librarse de Pete. Entró contra dirección por calles de un solo sentido e intentó vencerles en velocidad en la línea recta del paseo marítimo.

Pero nada podía escapar a la determinación de Pete.

Finalmente Hatch realizó un intento desesperado por alcanzar la autopista. La entrada dibujaba una curva cerrada a la izquierda debajo de un puente voladizo. Por un momento, pareció que el huidizo delincuente lograría el propósito.

Pero Pete, en rápido movimiento, colocó el Fiero delante del Rolls, cuando éste tuvo que frenar para coger la última curva cerrada. Hatch se desvió para rodear al Fiero, pero pegó contra la esquina de la entrada, salió despedido de costado contra la barandilla de hormigón de la autopista, y se paró en seco temblando y envuelto en una densa humareda.

Ty saltó al instante del Fiero. Abrió de un tirón la puerta del Rolls y extrajo a Hatch arrastrándolo por el cuello de la camisa hasta el Fiero y lo metió en la parte trasera, sentándose a continuación sobre él.

—Me parece que Hatch ya se ha enterado de quién tiene las ruedas más ligeras —

comentó.

Kelly contemplaba admirada a Pete y sonrió a Ty mientras regresaban al garaje.

Cuando llegaron, todo el mundo estaba en la puerta. Tiburón y los Pirañas se habían quedado a un lado, esperando. Bob vigilaba a los prisioneros. Pete añadió al grupo al aún medio aturdido Hatch.

—¿Alguien ha llamado a la policía? —preguntó Ty.

Bob hizo un signo de asentimiento.

—Júpiter ha dicho que lo haría.

Peter miró a su alrededor.

—Eh, ¿dónde está Júpiter?

Un terrible gemido surgía del garaje. Júpiter estaba de pie, desolado, en medio de los vehículos destrozados. Miraba los restos de algo irreconocible. Bob supuso de que se trataba.

—¿Es tu nuevo Honda?

¡El pequeño coche azul y blanco era un montón de chatarra! Hatch lo había golpeado cientos de veces.

—¡Me he quedado sin mis cuatro ruedas! —gemía Júpiter—. ¡Y ya no me queda dinero!

Los demás consolaron a su jefe como mejor pudieron. Ty le prometió que le ayudaría a buscar un coche nuevo.

—Debe existir un seguro —le dijo—, y además pensaremos en el modo de ganar un poco de dinero extra —sonrió—. ¿Has llamado a la policía, Jupe?

Éste suspiró.

—Cuando he visto el coche me he olvidado de todo —logró hacer asomar una débil sonrisa—. Bien, al menos hemos descubierto el taller clandestino y te hemos librado de culpas, Ty.

De súbito, una serie de coches de la policía aparecieron por ambos extremos de la calle. Los agentes saltaron de su interior con las armas empuñadas hacia el grupo formado por los muchachos y sus prisioneros. Iban encabezados por el detective Cole y el sargento Maxim.

—¡Eh! —exclamó Ty—. ¡El sargento Maxim cree que al fin me ha atrapado con las manos en la masa, chicos!

Y con una amplia sonrisa, Ty alzó ambas manos en una burlona rendición.

Los Tres Investigadores se echaron a reír.

FIN

Notas

[1] Pintadas. <<

[2] Puesto de venta de comida mexicana. (N. del T.). <<

[3] En México, pedazo de carne asada sazonada con picantes. (N. del T.). <<